

Boletín del Obispado de Tui-Vigo

2015/3 (Mayo-Junio)

Número Histórico 2.769

FOTO PORTADA:

Serie imágenes arciprestazgo de Entenza

Parroquia de Santa María de Salceda. Inmaculada Concepción

Edita: OBISPADO DE TUI-VIGO

Dirige: Manuel Lage Lorenzo

Administra: Alfonso Fernández Galiana

Dr. Corbal, 90 - 36207 Vigo

Teléfono 986 375 153

E-mail: bispado@diocesetuivigo.org

D.L. VG. 46

Imprime: Imprenta Medios - O Rosal - Telf. 986 610 112

Supcripción anual (2015): 26 €

Sumario

IGLESIA UNIVERSAL

Del Santo Padre

Audiencias Generales:

La Familia (13): <i>El Matrimonio II</i>	205
La Familia (14): <i>Las tres palabras</i>	207
La Familia (15): <i>La educación</i>	211
La Familia (16): <i>El compromiso</i>	215
La Familia (17): <i>La familia y la pobreza</i>	219
La Familia (18): <i>La familia y la enfermedad</i>	223
La Familia (19): <i>La familia y el luto</i>	227
La Familia (20): <i>Las heridas I</i>	231

Homilías:

Apertura de la Asamblea General de <i>Cáritas Internationalis</i>	233
En la solemnidad de Pentecostés	237
Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	241
En la Solemnidad de San Pedro y San Pablo	243

IGLESIA DIOCESANA

Obispo

Decretos:

Decreto de implantación en la Diócesis del catecismo “Testigos del Señor”	251
Decreto de implantación na Diócese do catecismo “Testigos del Señor” (Gallego) ...	253

Homilías:

Corpus Cristi	255
Día do Corpus Cristi	259
En las Órdenes Sacerdotales	263
Nas Ordenacións Sacerdotais	267

Vicaría General

Autorización de ampliación de Cementerios Parroquiales	273
--	-----

Cancillería-Secretaría

Nombramientos	277
Sagradas Órdenes y Ministerios Eclesiásticos	278

Crónica Diocesana

Agenda	281
Defunciones	283

IGLESIA UNIVERSAL



DEL SANTO PADRE

AUDIENCIAS GENERALES

LA FAMILIA (13): EL MATRIMONIO II*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro camino de catequesis sobre la familia hoy tratamos directamente *la belleza del matrimonio cristiano*. Esto no es sencillamente una ceremonia que se hace *en* la Iglesia, con las flores, el vestido, las fotos... El matrimonio cristiano es un sacramento que tiene lugar *en la* Iglesia, y que también *hace* la Iglesia, dando inicio a una nueva comunidad familiar.

Es lo que el apóstol Pablo resume en su célebre expresión: «Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia» (Ef 5, 32). Inspirado por el Espíritu Santo, Pablo afirma que el amor entre los cónyuges es imagen del amor entre Cristo y la Iglesia. Una dignidad impensable. Pero en realidad está inscrita en el designio creador de Dios, y con la gracia de Cristo innumerables parejas cristianas, incluso con sus límites, sus pecados, la hicieron realidad.

San Pablo, al hablar de la vida nueva en Cristo, dice que los cristianos —todos— están llamados a amarse como Cristo los amó, es decir «sumisos unos a otros» (Ef 5, 21), que significa los unos al servicio de los otros. Y aquí introduce la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia. Está claro que se trata de una analogía imperfecta, pero tenemos que captar el sentido espiritual que es altísimo y revolucionario, y al mismo tiempo sencillo, al alcance de cada hombre y mujer que confían en la gracia de Dios.

El marido —dice Pablo— debe amar a la mujer «como cuerpo suyo» (Ef 5, 28); amarla como Cristo «amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (cf. v. 25-26). Vosotros maridos que estáis aquí presentes, ¿entendéis esto? ¿Amáis a vuestra esposa como Cristo ama a la Iglesia? Esto no es broma, son cosas serias. El efecto de este radicalismo de la entrega que se le pide al hombre, por el amor y la dignidad de la mujer, siguiendo el ejemplo de Cristo, tuvo que haber sido enorme en la comunidad cristiana misma.

Esta semilla de la novedad evangélica, que restablece la originaria reciprocidad de

*6 de Mayo

la entrega y del respeto, fue madurando lentamente en la historia, y al final predominó.

El sacramento del matrimonio es un gran acto de fe y de amor: testimonia la valentía de creer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir ese amor que impulsa a ir cada vez más allá, más allá de sí mismo y también más allá de la familia misma. La vocación cristiana a amar sin reservas y sin medida es lo que, con la gracia de Cristo, está en la base también del libre consentimiento que constituye el matrimonio.

La Iglesia misma está plenamente implicada en la historia de cada matrimonio cristiano: se edifica con sus logros y sufre con sus fracasos. Pero tenemos que preguntarnos con seriedad: ¿aceptamos hasta las últimas consecuencias, nosotros mismos, como creyentes y como pastores también este vínculo indisoluble de la historia de Cristo y de la Iglesia con la historia del matrimonio y de la familia humana? ¿Estamos dispuestos a asumir seriamente esta responsabilidad, es decir, que cada matrimonio va por el camino del amor que Cristo tiene con la Iglesia? ¡Esto es muy grande!

En esta profundidad del misterio creatural, reconocido y restablecido en su pureza, se abre un segundo gran horizonte que caracteriza el sacramento del matrimonio. La decisión de «casarse en el Señor» contiene también una dimensión misionera, que significa tener en el corazón la disponibilidad a ser intermediario de la bendición de Dios y de la gracia del Señor *para todos*. En efecto, los esposos cristianos participan *como esposos* en la misión de la Iglesia. ¡Se necesita valentía para esto! Por ello cuando saludo a los recién casados, digo: «¡Aquí están los valientes!», porque se necesita valor para amarse como Cristo ama a la Iglesia.

La celebración del sacramento no puede dejar fuera esta corresponsabilidad de la vida familiar respecto a la gran misión de amor de la Iglesia. Y así la vida de la Iglesia se enriquece con la belleza de esta alianza sponsal, así como se empobrece cada vez que la misma se ve desfigurada. La Iglesia, para ofrecer a todos los dones de la fe, del amor y la esperanza, necesita también de la valiente fidelidad de los esposos a la gracia de su sacramento. El pueblo de Dios necesita de su camino diario en la fe, en el amor y en la esperanza, con todas las alegrías y las fatigas que este camino comporta en un matrimonio y en una familia.

La ruta está de este modo marcada para siempre, es la ruta del amor: se ama como ama Dios, para siempre. Cristo no cesa de cuidar a la Iglesia: la ama siempre, la cuida siempre, como a sí mismo. Cristo no cesa de quitar del rostro humano las manchas y las arrugas de todo tipo. Es conmovedora y muy bella esta irradiación de la fuerza y de la ternura de Dios que se transmite de pareja a pareja, de familia a familia. Tiene razón san Pablo: esto es precisamente un «gran misterio». Hombres y mujeres, lo suficientemente valientes para llevar este tesoro en «vasijas de barro» de nuestra humanidad, son —estos hombres y estas mujeres tan valientes— un recurso esencial para la Iglesia, también para todo el mundo. Que Dios los bendiga mil veces por esto.

LA FAMILIA (14): LAS TRES PALABRAS*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy es como la puerta de entrada de una serie de reflexiones sobre la vida de la familia, su vida real, con sus tiempos y sus acontecimientos. Sobre esta puerta de entrada están escritas tres palabras, que ya he utilizado en la plaza otras veces. Y esas palabras son: «permiso», «gracias», «perdón». En efecto, estas palabras abren camino para vivir bien en la familia, para vivir en paz. Son palabras sencillas, pero no tan sencillas de llevar a la práctica. Encierran una gran fuerza: la fuerza de custodiar la casa, incluso a través de miles de dificultades y pruebas; en cambio si faltan, poco a poco se abren grietas que pueden hasta hacer que se derrumbe.

Nosotros las entendemos normalmente como las palabras de la «buena educación». Es así, una persona bien educada pide permiso, dice gracias o se disculpa si se equivoca. Es así, pero la buena educación es muy importante. Un gran obispo, san Francisco de Sales, solía decir que «la buena educación es ya media santidad». Pero, atención, en la historia hemos conocido también un formalismo de las buenas maneras que puede convertirse en máscara que esconde la aridez del ánimo y el desinterés por el otro. Se suele decir: «Detrás de tantas buenas maneras se esconden malos hábitos». Ni siquiera la religión está exenta de este riesgo, que hace resbalar la observancia formal en la mundanidad espiritual. El diablo que tienta a Jesús usa buenas maneras —es precisamente un señor, un caballero— y cita las Sagradas Escrituras, parece un teólogo. Su estilo se presenta correcto, pero su intención es desviar de la verdad del amor de Dios. Nosotros, en cambio, entendemos la buena educación en sus términos auténticos, donde el estilo de las buenas relaciones está firmemente enraizada en el amor al bien y respeto del otro. La familia vive de esta finura del querer.

La primera palabra es «*permiso*». Cuando nos preocupamos por pedir gentilmente incluso lo que tal vez pensamos poder pretender, ponemos un verdadero amparo al espíritu de convivencia matrimonial y familiar. Entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto. La confianza, en definiti-

*13 de Mayo

va, no autoriza a darlo todo por descontado. Y el amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón. Al respecto recordamos la palabra de Jesús en el libro del Apocalipsis: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (3, 20). También el Señor pide permiso para entrar. No lo olvidemos. Antes de hacer algo en familia: «Permiso, ¿puedo hacerlo? ¿Te gusta que lo haga así?». Es un lenguaje educado, lleno de amor. Y esto hace mucho bien a las familias.

La segunda palabra es «*gracias*». Algunas veces nos viene a la mente pensar que nos estamos convirtiendo en una civilización de malas maneras y malas palabras, como si fuese un signo de emancipación. Lo escuchamos decir muchas veces incluso públicamente. La amabilidad y la capacidad de dar gracias son vistas como un signo de debilidad, y a veces suscitan incluso desconfianza. Esta tendencia se debe contrarrestar en el seno mismo de la familia. Debemos convertirnos en intransigentes en lo referido a la educación a la gratitud, al reconocimiento: la dignidad de la persona y la justicia social pasan ambas por esto. Si la vida familiar descuida este estilo, también la vida social lo perderá. La gratitud, además, para un creyente, está en el corazón mismo de la fe: un cristiano que no sabe dar gracias es alguien que ha olvidado el lenguaje de Dios. Escuchad bien: un cristiano que no sabe dar gracias es alguien que ha olvidado el lenguaje de Dios. Recordemos la pregunta de Jesús, cuando curó a diez leprosos y sólo uno de ellos volvió a dar las gracias (cf. *Lc 17, 18*). Una vez escuché decir a una persona anciana, muy sabia, muy buena, sencilla, pero con la sabiduría de la piedad, de la vida: «La gratitud es una planta que crece sólo en la tierra de almas nobles». Esa nobleza del alma, esa gracia de Dios en el alma nos impulsa a decir gracias a la gratitud. Es la flor de un alma noble. Esto es algo hermoso.

La tercera palabra es «*perdón*». Palabra difícil, es verdad, sin embargo tan necesaria. Cuando falta, se abren pequeñas grietas —incluso sin quererlo— hasta convertirse en fosas profundas. No por casualidad en la oración que nos enseñó Jesús, el «Padrenuestro», que resume todas las peticiones esenciales para nuestra vida, encontramos esta expresión: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (*Mt 6, 12*). Reconocer el hecho de haber faltado, y mostrar el deseo de restituir lo que se ha quitado —respeto, sinceridad, amor— hace dignos del perdón. Y así se detiene la infección. Si no somos capaces de disculparnos, quiere decir que tampoco somos capaces de perdonar. En la casa donde no se pide perdón comienza a faltar el aire, las aguas comienzan a verse estancadas. Muchas heridas de los afectos, muchas laceraciones en la familias comienzan con la pérdida de esta preciosa palabra:

«Perdóname». En la vida matrimonial se discute, a veces incluso «vuelan los platos», pero os doy un consejo: nunca terminar el día sin hacer las paces. Escuchad bien: ¿habéis discutido mujer y marido? ¿Los hijos con los padres? ¿Habéis discutido fuerte? No está bien, pero no es este el auténtico problema. El problema es que ese sentimiento esté presente todavía al día siguiente. Por ello, si habéis discutido nunca terminar el día sin hacer las paces en la familia. ¿Y cómo debo hacer las paces? ¿Ponerme de rodillas? ¡No! Sólo un pequeño gesto, algo pequeño y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces. ¿Entendido esto? No es fácil pero se debe hacer. Y con esto la vida será más bonita.

Estas tres palabras-clave de la familia son palabras sencillas, y tal vez en un primer momento nos causarán risa. Pero cuando las olvidamos, ya no hay motivo para reír, ¿verdad? Nuestra educación, tal vez, las descuida demasiado. Que el Señor nos ayude a volver a ponerlas en su sitio, en nuestro corazón, en nuestra casa, y también en nuestra convivencia civil. Son las palabras para entrar precisamente en el amor de la familia.

Y ahora os invito a repetir todos juntos estas tres palabras: «permiso», «gracias», «perdón». Todos juntos: (plaza) «permiso», «gracias», «perdón». Son las palabras para entrar precisamente en el amor de la familia, para que la familia permanezca. Luego repitamos el consejo que os he dado, todos juntos: Nunca terminar el día sin hacer las paces. Todos: (plaza) nunca terminar el día sin hacer las paces. Gracias.

LA FAMILIA (15): LA EDUCACIÓN*

Hoy, queridos hermanos y hermanas, quiero daros la bienvenida porque he visto entre vosotros a numerosas familias, ¡buenos días a todas las familias! Seguimos reflexionando sobre la familia. Hoy nos detenemos a reflexionar sobre una característica esencial de la familia, o sea su natural vocación a *educar a los hijos* para que crezcan en la responsabilidad de sí mismos y de los demás. Lo que hemos escuchado del apóstol Pablo, al inicio, es muy bonito: «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo» (Col 3, 20-21). Esta es una regla sabia: el hijo educado en la escucha y obediencia a los padres, quienes no tienen que mandar de mala manera, para no desanimar a los hijos. Los hijos, en efecto, deben crecer sin desalentarse, paso a paso. Si vosotros padres decís a los hijos: «Subamos por aquella escalera» y los tomáis de la mano y paso a paso los hacéis subir, las cosas irán bien. Pero si vosotros decís: «¡Vamos, sube!» — «Pero no puedo» — «¡Sigue!», esto se llama exasperar a los hijos, pedir a los hijos lo que no son capaces de hacer. Por ello, la relación entre padres e hijos debe ser de una sabiduría y un equilibrio muy grande. Hijos, obedeced a los padres, esto quiere Dios. Y vosotros padres, no exasperéis a los hijos, pidiéndoles cosas que no pueden hacer. Y esto hay que hacerlo para que los hijos crezcan en la responsabilidad de sí mismo y de los demás.

Parecería una constatación obvia, sin embargo, incluso en nuestro tiempo, no faltan dificultades. Es difícil para los padres educar a los hijos que sólo ven por la noche, cuando regresan a casa cansados del trabajo. ¡Los que tienen la suerte de tener trabajo! Es aún más difícil para los padres separados, que cargan el peso de su condición: pobres, tuvieron dificultades, se separaron y muchas veces toman al hijo como rehén, y el papá le habla mal de la mamá y la mamá le habla mal del papá, y se hace mucho mal. A los padres separados les digo: jamás, jamás, jamás tomar el hijo como rehén. Os habéis separado por muchas dificultades y motivos, la vida os ha dado esta prueba, pero que no sean los hijos quienes carguen el peso de esta separación, que no sean usados como rehenes contra el otro cónyuge, que crezcan escuchando que la mamá habla bien del papá, aunque no estén

*20 de Mayo

juntos, y que el papá habla bien de la mamá. Para los padres separados esto es muy importante y muy difícil, pero pueden hacerlo.

Pero, sobre todo, la pregunta: ¿cómo educar? ¿Qué tradición tenemos hoy para transmitir a nuestros hijos?

Intelectuales «críticos» de todo tipo han acallado a los padres de mil formas, para defender a las jóvenes generaciones de los daños —verdaderos o presuntos— de la educación familiar. La familia ha sido acusada, entre otras cosas, de autoritarismo, favoritismo, conformismo y represión afectiva que genera conflictos.

De hecho, se ha abierto una brecha entre familia y sociedad, entre familia y escuela, el pacto educativo hoy se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis porque se ha visto socavada la confianza mutua. Los síntomas son muchos. Por ejemplo, en la escuela se han fracturado las relaciones entre los padres y los profesores. A veces hay tensiones y desconfianza mutua; y las consecuencias naturalmente recaen en los hijos. Por otra parte, se han multiplicado los así llamados «expertos», que han ocupado el papel de los padres, incluso en los aspectos más íntimos de la educación. En relación a la vida afectiva, la personalidad y el desarrollo, los derechos y los deberes, los «expertos» lo saben todo: objetivos, motivaciones, técnicas. Y los padres sólo deben escuchar, aprender y adaptarse. Privados de su papel, a menudo llegan a ser excesivamente aprensivos y posesivos con sus hijos, hasta no corregirlos nunca: «Tú no puedes corregir al hijo». Tienden a confiarlos cada vez más a los «expertos», incluso en los aspectos más delicados y personales de su vida, ubicándose ellos mismos en un rincón; y así los padres hoy corren el riesgo de autoexcluirse de la vida de sus hijos. Y esto es gravísimo. Hoy existen casos de este tipo. No digo que suceda siempre, pero se da. La maestra en la escuela reprende al niño y escribe una nota a los padres. Recuerdo una anécdota personal. Una vez, cuando estaba en cuarto grado dije una mala palabra a la maestra y la maestra, una buena mujer, mandó llamar a mi mamá. Ella fue al día siguiente, hablaron entre ellas y luego me llamaron. Y mi mamá delante de la maestra me explicó que lo que yo había hecho era algo malo, que no se debe hacer; pero mi madre lo hizo con mucha dulzura y me dijo que pidiese perdón a la maestra delante de ella. Lo hice y me quedé contento porque dije: acabó bien la historia. Pero ese era el primer capítulo. Cuando regresé a casa, comenzó el segundo capítulo... Imaginad vosotros, hoy, si la maestra hace algo por el estilo, al día siguiente se encuentra con los dos padres o uno de los dos para reprenderla, porque los «expertos» dicen que a los niños no se les debe regañar así. Han cambiado las cosas. Por lo tanto, los padres no tienen que autoexcluirse de la educación de los hijos.

Es evidente que este planteamiento no es bueno: no es armónico, no es dialógico, y en lugar de favorecer la colaboración entre la familia y las demás entidades educativas, las escuelas, los gimnasios... las enfrenta.

¿Cómo hemos llegado a esto? No cabe duda de que los padres, o más bien, ciertos modelos educativos del pasado tenían algunas limitaciones, no hay duda. Pero también es verdad que hay errores que sólo los padres están autorizados a cometer, porque pueden compensarlos de un modo que es imposible a cualquier otra persona. Por otra parte, como bien sabemos, la vida se ha vuelto tacaña con el tiempo para hablar, reflexionar, discutir. Muchos padres se ven «secuestrados» por el trabajo —papá y mamá deben trabajar— y otras preocupaciones, molestos por las nuevas exigencias de los hijos y por la complejidad de la vida actual —es así y debemos aceptarla como es—, y se encuentran como paralizados por el temor a equivocarse. El problema, sin embargo, no está sólo en hablar. Es más, un «dialoguismo» superficial no conduce a un verdadero encuentro de la mente y el corazón. Más bien preguntémosnos: ¿Intentamos comprender «dónde» están los hijos realmente en su camino? ¿Dónde está realmente su alma, lo sabemos? Y, sobre todo, ¿queremos saberlo? ¿Estamos convencidos de que ellos, en realidad, no esperan otra cosa?

Las comunidades cristianas están llamadas a ofrecer su apoyo a la misión educativa de las familias, y lo hacen ante todo con la luz de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo recuerda la reciprocidad de los deberes entre padres e hijos: «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo» (*Col 3, 20-21*). En la base de todo está el amor, el amor que Dios nos da, que «no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal... Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (*1 Cor 13, 5-7*). Incluso en las mejores familias hay que soportarse, y se necesita mucha paciencia para soportarse. Pero la vida es así. La vida no se construye en un laboratorio, se hace en la realidad. Jesús mismo pasó por la educación familiar.

También en este caso, la gracia del amor de Cristo conduce a su realización lo que está escrito en la naturaleza humana. ¡Cuántos ejemplos estupendos tenemos de padres cristianos llenos de sabiduría humana! Ellos muestran que la buena educación familiar es la columna vertebral del humanismo. Su irradiación social es el recurso que permite compensar las lagunas, las heridas, los vacíos de paternidad y maternidad que tocan a los hijos menos afortunados. Esta irradiación puede obrar auténticos milagros. Y en la Iglesia suceden cada día estos milagros.

Deseo que el Señor done a las familias cristianas la fe, la libertad y la valen-

tía necesarias para su misión. Si la educación familiar vuelve a encontrar el orgullo de su protagonismo, muchas cosas cambiarán para mejor, para los padres inciertos y para los hijos decepcionados. Es hora de que los padres y las madres vuelvan de su exilio —porque se han autoexiliado de la educación de los hijos— y vuelvan a asumir plenamente su función educativa. Esperamos que el Señor done a los padres esta gracia: de no autoexiliarse de la educación de los hijos. Y esto sólo puede hacerlo el amor, la ternura y la paciencia.

LA FAMILIA (16): EL COMPROMISO*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuando estas catequesis sobre la familia, hoy quiero hablar del *noviazgo*. El noviazgo (en italiano «fidanzamento») —se lo percibe en la palabra— tiene relación con la confianza, la familiaridad, la fiabilidad. Familiaridad con la vocación que Dios dona, porque el matrimonio es ante todo el descubrimiento de una llamada de Dios. Ciertamente es algo hermoso que hoy los jóvenes puedan elegir casarse partiendo de un amor mutuo. Pero precisamente la libertad del vínculo requiere una consciente armonía de la decisión, no sólo un simple acuerdo de la atracción o del sentimiento, de un momento, de un tiempo breve... requiere un camino.

El noviazgo, en otros términos, es el tiempo en el cual los dos están llamados a realizar un buen trabajo sobre el amor, un trabajo partícipe y compartido, que va a la profundidad. Ambos se descubren despacio, mutuamente, es decir, el hombre «conoce» a la mujer conociendo a *esta* mujer, su novia; y la mujer «conoce» al hombre conociendo a *este* hombre, su novio. No subestimemos la importancia de este aprendizaje: es un bonito compromiso, y el amor mismo lo requiere, porque no es sólo una felicidad despreocupada, una emoción encantada... El relato bíblico habla de toda la creación como de un hermoso trabajo del amor de Dios; el libro del Génesis dice que «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gn 1, 31). Sólo al final, Dios «descansó». De esta imagen comprendemos que el amor de Dios, que dio origen al mundo, no fue una decisión improvisada. ¡No! Fue un trabajo hermoso. El amor de Dios creó las condiciones concretas de una alianza irrevocable, sólida, destinada a durar.

La alianza de amor entre el hombre y la mujer, alianza por la vida, *no se improvisa*, no se hace de un día para el otro. No existe el matrimonio *express*: es necesario trabajar en el amor, es necesario caminar. La alianza del amor del hombre y la mujer se aprende y se afina. Me permito decir que se trata de una alianza artesanal. Hacer de dos vida una vida sola, es incluso casi un milagro, un milagro de la libertad y del corazón, confiado a la fe. Tal vez deberíamos compromete-

*27 de Mayo

ternos más en este punto, porque nuestras «coordenadas sentimentales» están un poco confusas. Quien pretende querer todo y enseguida, luego cede también en todo —y enseguida— ante la primera dificultad (o ante la primera ocasión). No hay esperanza para la confianza y la fidelidad del don de sí, si prevalece la costumbre de consumir el amor como una especie de «complemento» del bienestar psico-físico. No es esto el amor. El noviazgo fortalece la voluntad de custodiar juntos algo que jamás deberá ser comprado o vendido, traicionado o abandonado, por más atractiva que sea la oferta. También Dios, cuando habla de la alianza con su pueblo, lo hace algunas veces en términos de noviazgo. En el libro de Jeremías, al hablar al pueblo que se había alejado de Él, le recuerda cuando el pueblo era la «novia» de Dios y dice así: «Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia» (2, 2). Y Dios hizo este itinerario de noviazgo; luego hace también una promesa: lo hemos escuchado al inicio de la audiencia, en el libro de Oseas: «Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor» (2, 21-22). Es un largo camino el que el Señor recorre con su pueblo en este itinerario de noviazgo. Al final Dios se desposa con su pueblo en Jesucristo: en Jesús se desposa con la Iglesia. El pueblo de Dios es la esposa de Jesús. ¡Cuánto camino! Y vosotros italianos, en vuestra literatura tenéis una obra maestra sobre el noviazgo [*I promessi sposi*] - Los novios]. Es necesario que los jóvenes la conozcan, que la lean; es una obra maestra donde se cuenta la historia de los novios que sufrieron mucho, recorrieron un camino con muchas dificultades hasta llegar al final, al matrimonio. No dejéis a un lado esta obra maestra sobre el noviazgo que la literatura italiana os ofrece precisamente a vosotros. Seguid adelante, leedlo y veréis la belleza, el sufrimiento, pero también la fidelidad de los novios.

La Iglesia, en su sabiduría, custodia la *distinción entre ser novios y ser esposos* —no es lo mismo— precisamente en vista de la delicadeza y la profundidad de esta realidad. Estemos atentos a no despreciar con ligereza esta sabia enseñanza, que se nutre también de la experiencia del amor conyugal felizmente vivido. Los símbolos fuertes del cuerpo poseen las llaves del alma: no podemos tratar los vínculos de la carne con ligereza, sin abrir alguna herida duradera en el espíritu (*1 Cor 6, 15-20*).

Cierto, la cultura y la sociedad actual se han vuelto más bien indiferentes a la delicadeza y a la seriedad de este pasaje. Y, por otra parte, no se puede decir que sean generosas con los jóvenes que tienen serias intenciones de formar una familia y traer hijos al mundo. Es más, a menudo presentan mil obstáculos, mentales y prácticos. El noviazgo es un itinerario de vida que debe madurar como la fruta,

es un camino de maduración en el amor, hasta el momento que se convierte en matrimonio.

Los *cursos prematrimoniales* son una expresión especial de la preparación. Y vemos muchas parejas que tal vez llegan al curso con un poco de desgana: «¡Estos curas nos hacen hacer un curso! ¿Por qué? Nosotros sabemos»... y van con desgana. Pero luego están contentos y agradecen, porque, en efecto, encontraron allí la ocasión —a menudo la única— para reflexionar sobre su experiencia en términos no banales. Sí, muchas parejas están juntas mucho tiempo, tal vez también en la intimidad, a veces conviviendo, pero *no se conocen de verdad*. Parece extraño, pero la experiencia demuestra que es así. Por ello se debe reevaluar el noviazgo como tiempo de conocimiento mutuo y de compartir un proyecto. El camino de preparación al matrimonio se debe plantear en esta perspectiva, valiéndose incluso del testimonio sencillo pero intenso de cónyuges cristianos. Y centrándose también aquí en lo esencial: la Biblia, para redescubrir juntos, de forma consciente; la oración, en su dimensión litúrgica, pero también en la «oración doméstica», que se vive en familia; los sacramentos, la vida sacramental, la Confesión... *a través de los cuales* el Señor viene a morar en los novios y los prepara para acogerse de verdad uno al otro «con la gracia de Cristo»; y la fraternidad con los pobres, y con los necesitados, que nos invitan a la sobriedad y a compartir. Los novios que se comprometen en esto crecen los dos y todo esto conduce a preparar una bonita celebración del Matrimonio de modo diverso, no mundano sino con estilo cristiano. Pensemos en estas palabras de Dios que hemos escuchado cuando Él habla a su pueblo como el novio a la novia: «Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor» (*Os 2, 21-22*). Que cada pareja de novios piense en esto y uno le diga al otro: «Te convertiré en mi esposa, te convertiré en mi esposo». Esperar ese momento; es un momento, es un itinerario que va lentamente hacia adelante, pero es un itinerario de maduración. Las etapas del camino no se deben quemar. La maduración se hace así, paso a paso.

El tiempo del noviazgo puede convertirse de verdad en un tiempo de iniciación. ¿A qué? ¿A la sorpresa! A la sorpresa de los dones espirituales con los cuales el Señor, a través de la Iglesia, enriquece el horizonte de la nueva familia que se dispone a vivir en su bendición. Ahora os invito a rezar a la Sagrada Familia de Nazaret: Jesús, José y María. Rezar para que la familia recorra este camino de preparación; a rezar por los novios. Recemos todos juntos a la Virgen, un Avemaría por todos los novios, para que puedan comprender la belleza de este camino hacia el Matrimonio. [Ave María...]. Y a los novios que están en la plaza: «¡Feliz camino de noviazgo!».

LA FAMILIA (17): LA FAMILIA Y LA POBREZA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estos últimos miércoles hemos reflexionado sobre la familia y seguimos adelante con este tema: reflexionar sobre la familia. Y desde hoy nuestras catequesis se abren, con la reflexión, a la consideración de la vulnerabilidad de la familia, en las condiciones de la vida que la ponen a prueba. La familia tiene muchos problemas que la ponen a prueba.

Una de estas pruebas es la pobreza. Pensemos en las numerosas familias que viven en las periferias de las grandes ciudades, pero también en las zonas rurales... ¡Cuánta miseria, cuánta degradación! Y luego, para agravar la situación, en algunos lugares llega también la guerra. La guerra es siempre algo terrible. Además, la guerra golpea especialmente a las poblaciones civiles, a las familias. Ciertamente la guerra es la «madre de todas las pobreza», la guerra empobrece a la familia, es una gran saqueadora de vidas, de almas, y de los afectos más sagrados y más queridos.

A pesar de esto, hay muchas familias pobres que buscan vivir con dignidad su vida diaria, a menudo confiando abiertamente en la bendición de Dios. Esta lección, sin embargo, no debe justificar nuestra indiferencia, sino aumentar nuestra vergüenza por el hecho de que exista tanta pobreza. Es casi un milagro que, en medio de la pobreza, la familia siga formándose, e incluso siga conservando — como puede— la especial humanidad de sus relaciones. El hecho irrita a los planificadores del bienestar que consideran los afectos, la generación, los vínculos familiares, como una variable secundaria de la calidad de vida. ¡No entienden nada! En cambio, nosotros deberíamos arrodillarnos ante estas familias, que son una auténtica escuela de humanidad que salva las sociedades de la barbarie.

¿Qué nos queda, en efecto, si cedemos al secuestro del César y de Mammón, de la violencia y del dinero, y renunciamos también a los afectos familiares? Una nueva ética civil llegará sólo cuando los responsables de la vida pública reorganicen el vínculo social a partir de la lucha en perversa espiral entre familia y pobreza, que nos conduce al abismo.

**3 de Junio*

La economía actual a menudo se ha especializado en gozar del bienestar individual, pero practica ampliamente la explotación de los vínculos familiares. Esto es una contradicción grave. El inmenso trabajo de la familia naturalmente no está, sin duda, cotizado en los balances. En efecto, la economía y la política son avaras en materia de reconocimiento al respecto. Sin embargo, la formación interior de la persona y la circulación social de los afectos tienen precisamente allí su propio fundamento. Si lo quitas, todo se viene abajo.

No es sólo cuestión de pan. Hablamos de trabajo, hablamos de instrucción, hablamos de salud. Es importante entender bien esto. Quedamos siempre muy conmovidos cuando vemos imágenes de niños desnutridos y enfermos que nos muestran en muchas partes del mundo. Al mismo tiempo, nos conmueve también mucho la mirada resplandeciente de muchos niños, privados de todo, que están en escuelas carentes de todo, cuando muestran con orgullo su lápiz y su cuaderno. ¡Y cómo miran con amor a su maestro o a su maestra! Ciertamente los niños saben que el hombre no vive sólo de pan. También del afecto familiar. Cuando hay miseria los niños sufren, porque ellos quieren el amor, los vínculos familiares.

Nosotros cristianos deberíamos estar cada vez más cerca de las familias que la pobreza pone a prueba. Pero pensad, todos vosotros conocéis a alguien: papá sin trabajo, mamá sin trabajo... y la familia sufre, las relaciones se debilitan. Es feo esto. En efecto, *la miseria social golpea a la familia y en algunas ocasiones la destruye*. La falta o la pérdida del trabajo, o su gran precariedad, inciden con fuerza en la vida familiar, poniendo a dura prueba las relaciones. Las condiciones de vida en los barrios con mayores dificultades, con problemas habitacionales y de transporte, así como la reducción de los servicios sociales, sanitarios y escolares, causan ulteriores dificultades. A estos factores materiales se suma el daño causado a la familia por pseudo-modelos, difundidos por los medios de comunicación social basados en el consumismo y el culto de la apariencia, que influyen a las clases sociales más pobres e incrementan la disgregación de los vínculos familiares. Cuidar a las familias, cuidar el afecto, cuando la miseria pone a prueba a la familia.

La Iglesia es madre, y no debe olvidar este drama de sus hijos. También ella debe ser pobre, para llegar a ser fecunda y responder a tanta miseria. Una Iglesia pobre es una Iglesia que practica una sencillez voluntaria en la propia vida —en sus mismas instituciones, en el estilo de vida de sus miembros— para derrumbar todo muro de separación, sobre todo de los pobres. Es necesaria la oración y la acción. Oremos intensamente al Señor, que nos sacuda, para hacer de nuestras familias cristianas protagonistas de esta revolución de la proximidad familiar, que

ahora es tan necesaria. De ella, de esta proximidad familiar, desde el inicio, se fue construyendo la Iglesia. Y no olvidemos que el juicio de los necesitados, los pequeños y los pobres anticipa el juicio de Dios (*Mt 25, 31-46*). No olvidemos esto y hagamos todo lo que podamos para ayudar a las familias y seguir adelante en la prueba de la pobreza y de la miseria que golpea los afectos, los vínculos familiares. Quisiera leer otra vez el texto de la Biblia que hemos escuchado al inicio; y cada uno de nosotros piense en las familias que son probadas por la miseria y la pobreza, la Biblia dice así: «Hijo, no prives al pobre del sustento, ni seas insensible a los ojos suplicantes. No hagas sufrir al hambriento, ni exasperes al que vive en su miseria. No perturbes un corazón exasperado, ni retrases la ayuda al indigente. No rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. No apartes los ojos del necesitado, ni les des ocasión de maldecirte» (*Ecd 4, 1-5*). Porque esto será lo que hará el Señor —lo dice en el Evangelio— si nosotros hacemos estas cosas.

LA FAMILIA (18): LA FAMILIA Y LA ENFERMEDAD*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con las catequesis sobre la familia, y en esta catequesis quisiera tratar un aspecto muy común en la vida de nuestras familias: la enfermedad. Es una experiencia de nuestra fragilidad, que vivimos generalmente en familia, desde niños, y luego sobre todo como ancianos, cuando llegan los achaques. En el ámbito de los vínculos familiares, la enfermedad de las personas que queremos se sufre con un «plus» de sufrimiento y de angustia. Es el amor el que nos hace sentir ese «plus». Para un padre y una madre, muchas veces es más difícil soportar el mal de un hijo, de una hija, que el propio. La familia, podemos decir, ha sido siempre el «hospital» más cercano. Aún hoy, en muchas partes del mundo, el hospital es un privilegio para pocos, y a menudo está distante. Son la mamá, el papá, los hermanos, las hermanas, las abuelas quienes garantizan las atenciones y ayudan a sanar.

En los Evangelios, muchas páginas relatan los encuentros de Jesús con los enfermos y su compromiso por curarlos. Él se presenta públicamente como alguien que lucha contra la enfermedad y que vino para sanar al hombre de todo mal: el mal del espíritu y el mal del cuerpo. Es de verdad conmovedora la escena evangélica a la que acaba de hacer referencia el Evangelio de san Marcos. Dice así: «Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados» (1, 32). Si pienso en las grandes ciudades contemporáneas, me pregunto dónde están las puertas ante las cuales llevar a los enfermos para que sean curados. Jesús nunca se negó a curarlos. Nunca siguió de largo, nunca giró la cara hacia otro lado. Y cuando un padre o una madre, o incluso sencillamente personas amigas le llevaban un enfermo para que lo tocara y lo curara, no se entretendía con otras cosas; la curación estaba antes que la ley, incluso una tan sagrada como el descanso del sábado (cf. *Mc* 3, 1-6). Los doctores de la ley regañaban a Jesús porque curaba el día sábado, hacía el bien en sábado. Pero el amor de Jesús era dar la salud, hacer el bien: y esto va siempre en primer lugar.

Jesús manda a los discípulos a realizar su misma obra y les da el poder de

**10 de Junio*

curar, o sea de acercarse a los enfermos y hacerse cargo de ellos completamente (cf. *Mt* 10, 1). Debemos tener bien presente en la mente lo que dijo a los discípulos en el episodio del ciego de nacimiento (*Jn* 9, 1-5). Los discípulos —con el ciego allí delante de ellos— discutían acerca de quién había pecado, porque había nacido ciego, si él o sus padres, para provocar su ceguera. El Señor dijo claramente: ni él ni sus padres; sucedió así para que se manifestase en él las obras de Dios. Y lo curó. He aquí la gloria de Dios. He aquí la tarea de la Iglesia. Ayudar a los enfermos, no quedarse en habladurías, ayudar siempre, consolar, aliviar, estar cerca de los enfermos; esta es la tarea.

La Iglesia invita a la oración continua por los propios seres queridos afectados por el mal. La oración por los enfermos no debe faltar nunca. Es más, debemos rezar aún más, tanto personalmente como en comunidad. Pensemos en el episodio evangélico de la mujer cananea (cf. *Mt* 15, 21-28). Es una mujer pagana, no es del pueblo de Israel, sino una pagana que suplica a Jesús que cure a su hija. Jesús, para poner a prueba su fe, primero responde duramente: «No puedo, primero debo pensar en las ovejas de Israel». La mujer no retrocede —una mamá, cuando pide ayuda para su criatura, no se rinde jamás; todos sabemos que las mamás luchan por los hijos— y responde: «También a los perritos, cuando los amos están saciados, se les da algo», como si dijese: «Al menos trátame como a una perrita». Entonces Jesús le dijo: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas» (v. 28).

Ante la enfermedad, incluso en la familia surgen dificultades, a causa de la debilidad humana. Pero, en general, el tiempo de la enfermedad hace crecer la fuerza de los vínculos familiares. Y pienso cuán importante es educar a los hijos desde pequeños en la solidaridad en el momento de la enfermedad. Una educación que deja de lado la sensibilidad por la enfermedad humana, aridece el corazón. Y hace que los jóvenes estén «anestesiados» respecto al sufrimiento de los demás, incapaces de confrontarse con el sufrimiento y vivir la experiencia del límite. Cuántas veces vemos llegar al trabajo a un hombre, una mujer, con cara de cansancio, con una actitud cansada y al preguntarle: «¿Qué sucede?», responde: «He dormido sólo dos horas porque en casa hacemos turnos para estar cerca del niño, de la niña, del enfermo, del abuelo, de la abuela». Y la jornada continúa con el trabajo. Estas cosas son heroicas, son la heroicidad de las familias. Esas heroicidades ocultas que se hacen con ternura y con valentía cuando en casa hay alguien enfermo.

La debilidad y el sufrimiento de nuestros afectos más queridos y más sagrados, pueden ser, para nuestros hijos y nuestros nietos, una escuela de vida —es importante educar a los hijos, los nietos en la comprensión de esta cercanía en la

enfermedad en la familia— y llegan a serlo cuando los momentos de la enfermedad van acompañados por la oración y la cercanía afectuosa y atenta de los familiares. La comunidad cristiana sabe bien que a la familia, en la prueba de la enfermedad, no se la puede dejar sola. Y debemos decir gracias al Señor por las hermosas experiencias de fraternidad eclesial que ayudan a las familias a atravesar el difícil momento del dolor y del sufrimiento. Esta cercanía cristiana, de familia a familia, es un verdadero tesoro para una parroquia; un tesoro de sabiduría, que ayuda a las familias en los momentos difíciles y hace comprender el reino de Dios mejor que muchos discursos. Son caricias de Dios.

LA FAMILIA (19): LA FAMILIA Y EL LUTO*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el itinerario de catequesis sobre la familia, hoy nos inspiramos directamente en el episodio narrado por el evangelista san Lucas, que acabamos de escuchar (cf. *Lc*7, 11-15). Es una escena muy conmovedora, que nos muestra la compasión de Jesús hacia quien sufre —en este caso una viuda que perdió a su hijo único—; y nos muestra también el poder de Jesús sobre la muerte.

La muerte es una experiencia que toca a todas las familias, sin excepción. Forma parte de la vida; sin embargo, cuando toca los afectos familiares, la muerte nunca nos parece natural. Para los padres, vivir más tiempo que sus hijos es algo especialmente desgarrador, que contradice la naturaleza elemental de las relaciones que dan sentido a la familia misma. La pérdida de un hijo o de una hija es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro. La muerte, que se lleva al hijo pequeño o joven, es una bofetada a las promesas, a los dones y sacrificios de amor gozosamente entregados a la vida que hemos traído al mundo. Muchas veces vienen a misa a Santa Marta padres con la foto de un hijo, de una hija, niño, joven, y me dicen: «Se marchó, se marchó». Y en la mirada se ve el dolor. La muerte afecta y cuando es un hijo afecta profundamente. Toda la familia queda como paralizada, enmudecida. Y algo similar sufre también el niño que queda solo, por la pérdida de uno de los padres, o de los dos. Esa pregunta: «¿Dónde está papá? ¿Dónde está mamá?». —«Está en el cielo». —«¿Por qué no la veo?». Esa pregunta expresa una angustia en el corazón del niño que queda solo. El vacío del abandono que se abre dentro de él es mucho más angustioso por el hecho de que no tiene ni siquiera la experiencia suficiente para «dar un nombre» a lo sucedido. «¿Cuándo regresa papá? ¿Cuándo regresa mamá?». ¿Qué se puede responder cuando el niño sufre? Así es la muerte en la familia.

En estos casos la muerte es como un agujero negro que se abre en la vida de las familias y al cual no sabemos dar explicación alguna. Y a veces se llega incluso a culpar a Dios. Cuánta gente —los comprendo— se enfada con Dios, blasfemia: «¿Por qué me quitó el hijo, la hija? ¡Dios no está, Dios no existe! ¿Por qué

*17 de Junio

hizo esto?». Muchas veces hemos escuchado esto. Pero esa rabia es un poco lo que viene de un corazón con un dolor grande; la pérdida de un hijo o de una hija, del papá o de la mamá, es un gran dolor. Esto sucede continuamente en las familias. En estos casos, he dicho, la muerte es casi como un agujero. Pero la muerte física tiene «cómplices» que son incluso peores que ella, y que se llaman odio, envidia, soberbia, avaricia; en definitiva, el pecado del mundo que trabaja para la muerte y la hace aún más dolorosa e injusta. Los afectos familiares se presentan como las víctimas predestinadas e inermes de estos poderes auxiliares de la muerte, que acompañan la historia del hombre. Pensemos en la absurda «normalidad» con la cual, en ciertos momentos y en ciertos lugares, los hechos que añaden horror a la muerte son provocados por el odio y la indiferencia de otros seres humanos. Que el Señor nos libre de acostumbrarnos a esto.

En el pueblo de Dios, con la gracia de su compasión donada en Jesús, muchas familias demuestran con los hechos que la muerte no tiene la última palabra: esto es un auténtico acto de fe. Todas las veces que la familia en el luto — incluso terrible— encuentra la fuerza de custodiar la fe y el amor que nos unen a quienes amamos, la fe impide a la muerte, ya ahora, llevarse todo. La oscuridad de la muerte se debe afrontar con un trabajo de amor más intenso. «Dios mío, ilumina mi oscuridad», es la invocación de la liturgia de la tarde. En la luz de la Resurrección del Señor, que no abandona a ninguno de los que el Padre le ha confiado, nosotros podemos quitar a la muerte su «aguijón», como decía el apóstol Pablo (*1 Cor 15, 55*); podemos impedir que envenene nuestra vida, que haga vanos nuestros afectos, que nos haga caer en el vacío más oscuro.

En esta fe, podemos consolarnos unos a otros, sabiendo que el Señor venció la muerte una vez para siempre. Nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios. El amor es más fuerte que la muerte. Por eso el camino es hacer crecer el amor, hacerlo más sólido, y el amor nos custodiará hasta el día en que cada lágrima será enjugada, cuando «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor» (*Ap 21, 4*). Si nos dejamos sostener por esta fe, la experiencia del luto puede generar una solidaridad de los vínculos familiares más fuerte, una nueva apertura al dolor de las demás familias, una nueva fraternidad con las familias que nacen y renacen en la esperanza. Nacer y renacer en la esperanza, esto nos da la fe. Pero quisiera destacar la última frase del Evangelio que hemos escuchado hoy (cf. *Lc 7, 11-15*). Después que Jesús vuelve a dar la vida a ese joven, hijo de la mamá viuda, dice el Evangelio: «Jesús se lo entregó a su madre». ¡Esta es nuestra esperanza! Todos nuestros seres queridos que ya se marcharon, el Señor nos los devolverá y nos encontraremos con ellos. Esta esperanza no defrauda.

Recordemos bien este gesto de Jesús: «Jesús se lo entregó a su madre», así hará el Señor con todos nuestros seres queridos en la familia.

Esta fe nos protege de la visión nihilista de la muerte, como también de las falsas consolaciones del mundo, de tal modo que la verdad cristiana «no corra el peligro de mezclarse con mitologías de varios tipos», cediendo a los ritos de la superstición, antigua o moderna (cf. Benedicto xvi, *Ángelus* del 2 de noviembre de 2008). Hoy es necesario que los pastores y todos los cristianos expresen de modo más concreto el sentido de la fe respecto a la experiencia familiar del luto. No se debe negar el derecho al llanto —tenemos que llorar en el luto—, también Jesús «se echó a llorar» y se «conmovió en su espíritu» por el grave luto de una familia que amaba (*Jn* 11, 33-37). Podemos más bien recurrir al testimonio sencillo y fuerte de tantas familias que supieron percibir, en el durísimo paso de la muerte, también el seguro paso del Señor, crucificado y resucitado, con su irrevocable promesa de resurrección de los muertos. El trabajo del amor de Dios es más fuerte que el trabajo de la muerte. Es de ese amor, es precisamente de ese amor, de cual debemos hacernos «cómplices» activos, con nuestra fe. Y recordemos el gesto de Jesús: «Jesús se lo entregó a su madre», así hará con todos nuestros seres queridos y con nosotros cuando nos encontremos, cuando la muerte será definitivamente derrotada en nosotros. La cruz de Jesús derrota la muerte. Jesús nos devolverá a todos la familia.

LA FAMILIA (20): LAS HERIDAS (I)*

Queridos hermanos y hermanas ¡buenos días!

En las últimas catequesis hemos hablado de la familia que vive las fragilidades de la condición humana, la pobreza, la enfermedad, la muerte. Hoy sin embargo, reflexionamos sobre las heridas que se abren precisamente en el seno de la convivencia familiar. Es decir, cuando en la familia misma nos hacemos mal. ¡Es la cosa más fea!

Sabemos bien que en ninguna historia familiar faltan los momentos donde la intimidad de los afectos más queridos es ofendida por el comportamiento de sus miembros. Palabras y acciones (y omisiones) que, en vez de expresar amor, lo apartan o, aún peor, lo mortifican. Cuando estas heridas, que son aún remediables se descuidan, se agravan: se transforman en prepotencia, hostilidad y desprecio. Y en ese momento pueden convertirse en laceraciones profundas, que dividen al marido y la mujer, e inducen a buscar en otra parte comprensión, apoyo y consolación. Pero a menudo estos «apoyos» no piensan en el bien de la familia.

El vaciamiento del amor conyugal difunde resentimiento en las relaciones. Y con frecuencia la disgregación «cae» sobre los hijos.

Aquí están los hijos. Quisiera detenerme un poco en este punto. A pesar de nuestra sensibilidad aparentemente evolucionada, y todos nuestros refinados análisis psicológicos, me pregunto si no nos hemos anestesiado también respecto a las heridas del alma de los niños. Cuanto más se busca compensar con regalos y chucherías, más se pierde el sentido de las heridas —más dolorosas y profundas— del alma. Hablamos mucho de disturbios en el comportamiento, de salud psíquica, de bienestar del niño, de ansiedad de los padres y los hijos... ¿Pero sabemos igualmente qué es una herida del alma? ¿Sentimos el peso de la montaña que aplasta el alma de un niño, en las familias donde se trata mal y se hace del mal, hasta romper el vínculo de la fidelidad conyugal? ¿Cuánto cuenta en nuestras decisiones —decisiones equivocadas, por ejemplo— el peso que se puede causar en el alma de los niños? Cuando los adultos pierden la cabeza, cuando cada uno piensa sólo en sí mismo, cuando papá y mamá se hacen mal, el alma de los niños

*24 de Junio

sufre mucho, experimenta un sentido de desesperación. Y son heridas que dejan marca para toda la vida.

En la familia, todo está unido entre sí: cuando su alma está herida en algún punto, la infección contagia a todos. Y cuando un hombre y una mujer, que se comprometieron a ser «una sola carne» y a formar una familia, piensan de manera obsesiva en sus exigencias de libertad y gratificación, esta distorsión mella profundamente en el corazón y la vida de los hijos. Muchas veces los niños se esconden para llorar solos... Tenemos que entender esto bien. Marido y mujer son una sola carne. Pero sus criaturas son carne de su carne. Si pensamos en la dureza con la que Jesús advierte a los adultos a no escandalizar a los pequeños —hemos escuchado el pasaje del Evangelio— (cf. *Mt* 18, 6), podemos comprender mejor también su palabra sobre la gran responsabilidad de custodiar el vínculo conyugal que da inicio a la familia humana (cf. *Mt* 19, 6-9). Cuando el hombre y la mujer se convirtieron en una sola carne, todas las heridas y todos los abandonos del papá y de la mamá inciden en la carne viva de los hijos.

Por otra parte, es verdad que hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria, cuando precisamente se trata de sustraer al cónyuge más débil, o a los hijos pequeños, de las heridas más graves causadas por la prepotencia y la violencia, el desaliento y la explotación, la ajenidad y la indiferencia.

No faltan, gracias a Dios, los que, apoyados en la fe y en el amor por los hijos, dan testimonio de su fidelidad a un vínculo en el que han creído, aunque parezca imposible hacerlo revivir. No todos los separados, sin embargo, sienten esta vocación. No todos reconocen, en la soledad, una llamada que el Señor les dirige. A nuestro alrededor encontramos diversas familias en situaciones así llamadas irregulares —a mí no me gusta esta palabra— y nos planteamos muchos interrogantes. ¿Cómo ayudarlas? ¿Cómo acompañarlas? ¿Cómo acompañarlas para que los niños no se conviertan en rehenes del papá o la mamá?

Pidamos al Señor una fe grande, para mirar la realidad con la mirada de Dios; y una gran caridad, para acercarnos a las personas con su corazón misericordioso.

HOMILÍAS

APERTURA DE LA ASAMBLEA GENERAL DE *CÁRITAS INTERNATIONALIS**

La lectura de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado (16, 22-34) presenta un personaje un poco especial. Es el carcelero de la cárcel de Filipos, donde Pablo y Silas fueron encerrados tras un amotinamiento de la plebe contra ellos. Los magistrados primero hicieron que los apalearan y luego los mandaron a la prisión, ordenando al carcelero custodiarlos bien. Es por ello que ese hombre, durante la noche, al percibir el terremoto y ver las puertas de la cárcel abiertas, se desesperó y pensó suicidarse. Pero Pablo lo tranquilizó y él, tembloroso y maravillado, suplicó de rodillas la salvación.

El relato nos dice que ese hombre dio inmediatamente los pasos esenciales del camino de fe y salvación: escucha la Palabra del Señor, juntamente con sus familiares; lava las llagas de Pablo y a Silas; recibe el Bautismo con todos los suyos; y, por último, acoge a Pablo y Silas en su casa, prepara la mesa y les ofrece de comer, lleno de alegría. Todo el itinerario de la fe.

El Evangelio, anunciado y creído, impulsa a lavar los pies y las llagas de los que sufren y preparar la mesa para ellos. Sencillez de los gestos, donde la acogida de la Palabra y del sacramento del Bautismo va acompañado por la acogida del hermano, como si se tratara de un solo gesto: acoger a Dios y acoger al otro; acoger al otro con la gracia de Dios; acoger a Dios y manifestarlo en el servicio al hermano. Palabra, sacramentos y servicio se atraen mutuamente y se alimentan recíprocamente, como ya se ve en estos testimonios de la Iglesia de los orígenes.

Podemos ver en este gesto toda la llamada de *Cáritas*. *Cáritas* es ya una gran Confederación, reconocida ampliamente también en el mundo por sus obras. *Cáritas* es una realidad de la Iglesia en muchísimas partes del mundo, y debe aún encontrar más difusión también en las diversas parroquias y comunidades, para

**Basílica Vaticana, 12 de mayo*

renovar lo que tuvo lugar en los primeros tiempos de la Iglesia. En efecto, la raíz de todo vuestro servicio está precisamente en la acogida, sencilla y obediente, de Dios y del prójimo. Esta es la raíz. Si se quita esa raíz, *Cáritas* muere. Y esa acogida se realiza en vosotros personalmente, porque luego vais por el mundo, y allí servís en el nombre de Cristo que habéis encontrado y que encontraréis en cada hermano y hermana a quien os acercáis; y precisamente por esto evita reducirse a una simple organización humanitaria. Y *Cáritas* de cada Iglesia particular, incluso de la más pequeña, es la misma: no hay *Cáritas* grandes y *Cáritas* pequeñas, son todas iguales. Pidamos al Señor la gracia de comprender la verdadera dimensión de *Cáritas*; la gracia de no caer en el engaño de creer que un centralismo bien organizado es el camino; la gracia de comprender que *Cáritas* está siempre en la periferia, en cada una de las Iglesias particulares; y la gracia de creer que *Cáritas*-centro es sólo ayuda, servicio y experiencia de comunión, pero no la cabeza de todas.

Quien vive la misión de *Cáritas* no es un simple agente, sino un testigo de Cristo. Una persona que busca a Cristo y se deja buscar por Cristo; una persona que ama con el espíritu de Cristo, el espíritu de la gratuidad, el espíritu del don. Todas nuestras estrategias y planificaciones permanecen vacías si no llevamos este amor en nosotros. No nuestro amor, sino el suyo. O mejor aún, nuestro amor purificado y fortalecido por el suyo.

Y así se puede servir a todos y preparar la mesa para todos. También esta es una hermosa imagen que nos ofrece hoy la Palabra de Dios: preparar la mesa. Dios nos prepara la mesa de la Eucaristía, también ahora. *Cáritas* prepara muchas mesas para quien tiene hambre. En estos meses habéis realizado la gran campaña «*Una familia humana, alimento para todos*». Mucha gente espera también hoy poder comer lo necesario. El planeta tiene alimento para todos, pero parece faltar la voluntad de compartir con todos. Preparar la mesa para todos, y pedir que haya una mesa para todos. Hacer lo que podamos a fin de que todos tengan para comer, pero también recordar a los poderosos de la tierra que Dios un día los llamará a juicio, y se manifestará si de verdad procuraron darle de comer a Él en cada persona (cf. *Mt 25, 35*) y si trabajaron para que el medio ambiente no se destruyera, sino que produjera este alimento.

Y pensando en la mesa de la Eucaristía, no podemos olvidar a nuestros hermanos cristianos que fueron privados con la violencia tanto del alimento para el cuerpo como del alimento para el alma: fueron expulsados de sus casas y de sus iglesias, en algunas ocasiones destruidas. Renuevo el llamamiento a no olvidar a estas personas y estas intolerables injusticias.

Juntamente con muchos otros organismos de caridad de la Iglesia, *Cáritas* revela la fuerza del amor cristiano y el deseo de la Iglesia de ir al encuentro de Jesús en cada persona, sobre todo cuando es pobre y sufre. Este es el camino que tenemos delante y con este horizonte deseo que podáis realizar los trabajos de estos días. Los encomendamos a la Virgen María, que hizo de la acogida de Dios y del prójimo el criterio fundamental de su vida. Precisamente mañana celebraremos a la Virgen de Fátima, que apareció para anunciar la victoria sobre el mal. Con un apoyo tan grande no tengamos miedo de continuar nuestra misión. Así sea.

EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS*

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21.22), así dice Jesús. La efusión que se dio en la tarde de la resurrección se repite en el día de Pentecostés, reforzada por extraordinarias manifestaciones exteriores. La tarde de Pascua Jesús se aparece a sus discípulos y sopla sobre ellos su Espíritu (cf. Jn 20, 22); en la mañana de Pentecostés la efusión se produce de manera fragorosa, como un viento que se abate impetuoso sobre la casa e irrumpe en las mentes y en los corazones de los Apóstoles. En consecuencia reciben una energía tal que los empuja a anunciar en diversos idiomas el evento de la resurrección de Cristo: «Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas» (Hch 2, 4). Junto a ellos estaba María, la Madre de Jesús, la primera discípula, y allí Madre de la Iglesia naciente. Con su paz, con su sonrisa, con su maternidad, acompañaba el gozo de la joven Esposa, la Iglesia de Jesús.

La Palabra de Dios, hoy de modo especial, nos dice que el Espíritu actúa, en las personas y en las comunidades que están colmadas de él, las hace capaces de recibir a Dios “*Capax Dei*”, dicen los Santos Padres. Y ¿Qué es lo que hace el Espíritu Santo mediante esta nueva capacidad que nos da? *Guía hasta la verdad plena* (Jn 16, 13), *renueva la tierra* (Sal 103) y *da sus frutos* (Ga 5, 22-23). Guía, renueva y fructifica.

En el Evangelio, Jesús promete a sus discípulos que, cuando él haya regresado al Padre, vendrá el Espíritu Santo que los «guiará hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). Lo llama precisamente «Espíritu de la verdad» y les explica que su acción será la de introducirles cada vez más en la comprensión de aquello que él, el Mesías, ha dicho y hecho, de modo particular de su muerte y de su resurrección. A los Apóstoles, incapaces de soportar el escándalo de la pasión de su Maestro, el Espíritu les dará una nueva clave de lectura para introducirles en la verdad y en la belleza del evento de la salvación. Estos hombres, antes asustados y paralizados, encerrados en el cenáculo para evitar las consecuencias del viernes santo, ya no se avergonzarán de ser discípulos de Cristo, ya no temblarán ante los tribunales humanos. Gracias al Espíritu Santo del cual están llenos, ellos comprenden «toda

**Basílica Vaticana 24 de mayo*

la verdad», esto es: que la muerte de Jesús no es su derrota, sino la expresión extrema del amor de Dios. Amor que en la Resurrección vence a la muerte y exalta a Jesús como el Viviente, el Señor, el Redentor del hombre, el Señor de la historia y del mundo. Y esta realidad, de la cual ellos son testigos, se convierte en Buena Noticia que se debe anunciar a todos.

El Espíritu Santo renueva –guía y renueva– *renueva la tierra*. El Salmo dice: «Envías tu espíritu... y repueblas la faz tierra» (*Sal* 103, 30). El relato de los Hechos de los Apóstoles sobre el nacimiento de la Iglesia encuentra una correspondencia significativa en este salmo, que es una gran alabanza a Dios Creador. El Espíritu Santo que Cristo ha mandado de junto al Padre, y el Espíritu Creador que ha dado vida a cada cosa, son uno y el mismo. Por eso, el respeto de la creación es una exigencia de nuestra fe: el “jardín” en el cual vivimos no se nos ha confiado para que abusemos de él, sino para que lo cultivemos y lo custodiamos con respeto (cf. *Gn* 2, 15). Pero esto es posible solamente si Adán – el hombre formado con tierra – se deja a su vez renovar por el Espíritu Santo, si se deja reformar por el Padre según el modelo de Cristo, nuevo Adán. Entonces sí, renovados por el Espíritu, podemos vivir la libertad de los hijos en armonía con toda la creación y en cada criatura podemos reconocer un reflejo de la gloria del Creador, como afirma otro salmo: «¡Señor, Dios nuestro, que admirable es tu nombre en toda la tierra!» (*Sal* 8, 2.10). Guía, renueva y da, da fruto.

En la carta a los Gálatas, san Pablo quiere mostrar cual es el “fruto” que se manifiesta en la vida de aquellos que caminan según el Espíritu (cf. 5, 22). Por un lado está la «carne», acompañada por sus vicios que el Apóstol nombra, y que son las obras del hombre egoísta, cerrado a la acción de la gracia de Dios. En cambio, en el hombre que con fe deja que el Espíritu de Dios irrumpa en él, florecen los dones divinos, resumidos en las nueve virtudes gozosas que Pablo llama «fruto del Espíritu». De aquí la llamada, repetida al inicio y en la conclusión, como un programa de vida: «Caminad según el Espíritu» (*Ga* 5, 16.25).

El mundo tiene necesidad de hombres y mujeres no cerrados, sino llenos de Espíritu Santo. El estar cerrados al Espíritu Santo no es solamente falta de libertad, sino también pecado. Existen muchos modos de cerrarse al Espíritu Santo: en el egoísmo del propio interés, en el legalismo rígido – como la actitud de los doctores de la ley que Jesús llama hipócritas -, en la falta de memoria de todo aquello que Jesús ha enseñado, en el vivir la vida cristiana no como servicio sino como interés personal, entre otras cosas. En cambio, el mundo tiene necesidad del valor, de la esperanza, de la fe y de la perseverancia de los discípulos de Cristo. El mundo necesita los frutos, los dones del Espíritu Santo, como enumera san Pablo: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, domi-

nio de sí» (*Ga 5, 22*). El don del Espíritu Santo ha sido dado en abundancia a la Iglesia y a cada uno de nosotros, para que podamos vivir con fe genuina y caridad operante, para que podamos difundir la semilla de la reconciliación y de la paz. Reforzados por el Espíritu Santo –que guía, nos guía a la verdad, que nos renueva a nosotros y a toda la tierra, y que nos da los frutos– reforzados en el espíritu y por estos múltiples dones, llegamos a ser capaces de luchar, sin concesión alguna, contra el pecado, de luchar, sin concesión alguna, contra la corrupción que, día tras día, se extiende cada vez más en el mundo, y de dedicarnos con paciente perseverancia a las obras de la justicia y de la paz.

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO*

Hemos escuchado: en la [Última] Cena Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre mediante el pan y el vino, para dejarnos el memorial de su sacrificio de amor infinito. Y con este «viático» lleno de gracia, los discípulos tienen todo lo necesario para su camino a lo largo de la historia, para llevar a todos el reino de Dios. Luz y fuerza será para ellos el don que Jesús hizo de sí mismo, inmolándose voluntariamente en la cruz. Y este Pan de vida ha llegado hasta nosotros. Ante esta realidad nunca acaba el asombro de la Iglesia. Un asombro que alimenta siempre la contemplación, la adoración, y la memoria. Nos lo demuestra un texto muy bonito de la Liturgia de hoy, el Responsorio de la segunda lectura del Oficio de lecturas, que dice así: «Reconoced en el pan al mismo que pendió en la cruz; reconoced en el cáliz la sangre que brotó de su costado. Tomad, pues, y comed el cuerpo de Cristo, tomad y bebed su sangre. Sois ya miembros de Cristo. Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os depreciéis».

Existe un peligro, existe una amenaza: disgregarnos, despreciarnos. ¿Qué significa, hoy, este *disgregarnos* y *depreciarnos*?

Nosotros *nos disgregamos* cuando no somos dóciles a la Palabra del Señor, cuando no vivimos la fraternidad entre nosotros, cuando competimos por ocupar los primeros sitios —los trepadores—, cuando no encontramos la valentía de testimoniar la caridad, cuando no somos capaces de dar esperanza. Así nos disgregamos. La Eucaristía nos ayuda a no disgregarnos, porque es vínculo de comunión, es realización de la Alianza, signo vivo del amor de Cristo que se humilló y abajó para que nosotros permaneciésemos unidos. Participando en la Eucaristía y alimentándonos de ella, somos introducidos en un camino que no admite divisiones. El Cristo presente en medio de nosotros, en el signo del pan y del vino, exige que la fuerza del amor supere toda laceración, y al mismo tiempo se convierta en comunión también con el más pobre, apoyo para el débil, atención fraterna hacia quienes luchan por sostener el peso de la vida diaria, y están en peligro de perder la fe.

*Plaza de San Juan de Letrán, Roma, 4 de Junio

Y luego, la otra palabra: ¿qué significa hoy para nosotros *depreciarnos*, o sea aguar nuestra dignidad cristiana? Significa dejarnos mellar por las idolatrías de nuestro tiempo: el aparentar, el consumir, el yo en el centro de todo; pero también ser competitivos, la arrogancia como actitud triunfante, el no admitir nunca haberme equivocado o tener necesidad. Todo esto nos deprecia, nos hace cristianos mediocres, tibios, insípidos, paganos.

Jesús derramó su Sangre como precio y como lavacro, para que fuésemos purificados de todos los pecados: para no depreciarnos, mirémosle a Él, bebamos en su fuente, para ser preservados del peligro de la corrupción. Y entonces experimentaremos la gracia de una transformación: nosotros seguiremos siendo siempre pobres pecadores, pero la Sangre de Cristo nos liberará de nuestros pecados y nos restituirá nuestra dignidad. Nos liberará de la corrupción. Sin nuestro mérito, con sincera humildad, podremos llevar a los hermanos el amor de nuestro Señor y Salvador. Seremos sus ojos que van en busca de Zaqueo y de la Magdalena; seremos su mano que socorre a los enfermos en el cuerpo y en el espíritu; seremos su corazón que ama a los necesitados de reconciliación, misericordia y comprensión.

De este modo la Eucaristía actualiza la Alianza que nos santifica, nos purifica y nos une en comunión admirable con Dios. Aprendemos así que la Eucaristía no es un premio para los buenos, sino que es la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, es el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar.

Hoy, fiesta del Corpus Christi, tenemos la alegría no sólo de celebrar este misterio, sino también de alabarlo y cantarlo por las calles de nuestra ciudad. Que la procesión que haremos al término de la misa, exprese nuestro reconocimiento por todo el camino que Dios nos hizo recorrer a través del desierto de nuestras pobreza, para hacernos salir de la condición servil, alimentándonos con su Amor mediante el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Dentro de un rato, mientras caminemos a lo largo de la calle, sintámonos en comunión con los numerosos hermanos y hermanas nuestros que no tienen la libertad de expresar su fe en el Señor Jesús. Sintámonos unidos a ellos: cantemos con ellos, alabemos con ellos, adoremos con ellos. Y veneremos en nuestro corazón a los hermanos y hermanas a quienes se les ha pedido el sacrificio de la vida por fidelidad a Cristo: que su sangre, unida a la del Señor, sea prenda de paz y reconciliación para todo el mundo.

Y no olvidemos: «Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os deprecéis».

EN LA SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO*

La lectura tomada de los Hechos de los Apóstoles nos habla de la primera comunidad cristiana acosada por la persecución. Una comunidad duramente perseguida por Herodes que «hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan» y «decidió detener a Pedro... Mandó prenderlo y meterlo en la cárcel» (12,2-4).

Sin embargo, no quisiera detenerme en las atroces, inhumanas e inexplicables persecuciones, que desgraciadamente perduran todavía hoy en muchas partes del mundo, a menudo bajo la mirada y el silencio de todos. En cambio, hoy quisiera venerar la valentía de los Apóstoles y de la primera comunidad cristiana, la valentía para llevar adelante la obra de la evangelización, sin miedo a la muerte y al martirio, en el contexto social del imperio pagano; venerar su vida cristiana que para nosotros creyentes de hoy constituye *una fuerte llamada a la oración, a la fe y al testimonio*.

Una llamada a la oración. La comunidad era una Iglesia en oración: «Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (Hch 12,5). Y si pensamos en Roma, las catacumbas no eran lugares donde huir de las persecuciones sino, sobre todo, lugares de oración, donde santificar el domingo y elevar, desde el seno de la tierra, una adoración a Dios que no olvida nunca a sus hijos.

La comunidad de Pedro y de Pablo nos enseña que una Iglesia en oración es una iglesia en pie, sólida, en camino. Un cristiano que reza es un cristiano protegido, custodiado y sostenido, pero sobre todo no está solo.

Y sigue la primera lectura: «Estaba Pedro durmiendo... Los centinelas hacían guardia a la puerta de la cárcel. De repente, se presentó el ángel del Señor, y se iluminó la celda. Tocó a Pedro en el hombro... Las cadenas se le cayeron de las manos» (Hch 12,6-7).

¿Pensamos en cuántas veces ha escuchado el Señor nuestra oración enviándonos *un Ángel*? Ese Ángel que inesperadamente nos sale al encuentro para sacarnos de situaciones complicadas, para arrancarnos del poder de la muerte y del maligno, para indicarnos el camino cuando nos extraviamos, para volver a encen-

*Basílica Vaticana, 29 de Junio

der en nosotros la llama de la esperanza, para hacernos una caricia, para consolar nuestro corazón destrozado, para despertarnos del sueño existencial, o simplemente para decirnos: «No estás solo».

¡Cuántos ángeles pone el Señor en nuestro camino! Pero nosotros, por miedo, incredulidad o incluso por euforia, los dejamos fuera, como le sucedió a Pedro cuando llamó a la puerta de una casa y una sirvienta llamada Rosa, al reconocer su voz, se alegró tanto, que no le abrió la puerta (cf. *Hch* 12,13-14).

Ninguna comunidad cristiana puede ir adelante sin el apoyo de la oración perseverante, la oración que es el encuentro con Dios, con Dios que nunca falla, con Dios fiel a su palabra, con Dios que no abandona a sus hijos. Jesús se preguntaba: «Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?» (*Lc* 18,7). En la oración, el creyente expresa su fe, su confianza, y Dios expresa su cercanía, también mediante el don de los Ángeles, sus mensajeros.

Una llamada a la fe. En la segunda lectura, San Pablo escribe a Timoteo: «Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje... Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo» (*2 Tm* 4,17-18). Dios no saca a sus hijos del mundo o del mal, sino que les da fuerza para vencerlos. Solamente quien cree puede decir de verdad: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (*Sal* 23,1).

Cuántas fuerzas, a lo largo de la historia, ha intentado –y siguen intentando– acabar con la Iglesia, desde fuera y desde dentro, pero todas ellas pasan y la Iglesia sigue viva y fecunda, inexplicablemente a salvo para que, como dice san Pablo, pueda aclamar: «A Él la gloria por los siglos de los siglos» (*2 Tm* 4,18).

Todo pasa, solo Dios permanece. Han pasado reinos, pueblos, culturas, naciones, ideologías, potencias, pero la Iglesia, fundada sobre Cristo, a través de tantas tempestades y a pesar de nuestros muchos pecados, permanece fiel al depósito de la fe en el servicio, porque la Iglesia no es de los Papas, de los obispos, de los sacerdotes y tampoco de los fieles, es única y exclusivamente de Cristo. Solo quien vive en Cristo promueve y defiende a la Iglesia con la santidad de vida, a ejemplo de Pedro y Pablo.

Los creyentes en el nombre de Cristo han resucitado a muertos, han curado enfermos, han amado a sus perseguidores, han demostrado que no existe fuerza capaz de derrotar a quien tiene la fuerza de la fe.

Una llamada al testimonio. Pedro y Pablo, como todos los Apóstoles de Cristo que en su vida terrena han hecho fecunda a la Iglesia con su sangre, han bebido el cáliz del Señor, y se han hecho amigos de Dios.

Pablo, con un tono conmovedor, escribe a Timoteo: «Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida» (2 Tm 4,6-8).

Una Iglesia o un cristiano sin testimonio es estéril, un muerto que cree estar vivo, un árbol seco que no da fruto, un pozo seco que no tiene agua. La Iglesia ha vencido al mal gracias al testimonio valiente, concreto y humilde de sus hijos. Ha vencido al mal gracias a la proclamación convencida de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo», y a la promesa eterna de Jesús (cf. Mt 16,13-18).

Queridos Arzobispos, el palio que hoy recibís es un signo que representa la oveja que el pastor lleva sobre sus hombros como Cristo, Buen Pastor, y por tanto es un símbolo de vuestra tarea pastoral, es un «signo litúrgico de la comunión que une a la Sede de Pedro y su Sucesor con los metropolitanos y, a través de ellos, con los demás obispos del mundo» (Benedicto XVI, *Angelus*, 29 junio 2005).

Hoy, junto con el palio, quisiera confiaros esta llamada a la oración, a la fe y al testimonio.

La Iglesia os quiere hombres de oración, maestros de oración, que enseñéis al pueblo que os ha sido confiado por el Señor que la liberación de toda cautividad es solamente obra de Dios y fruto de la oración, que Dios, en el momento oportuno, envía a su ángel para salvarnos de las muchas esclavitudes y de las innumerables cadenas mundanas. También vosotros sed ángeles y mensajeros de caridad para los más necesitados.

La Iglesia os quiere hombres de fe, maestros de fe, que enseñéis a los fieles a no tener miedo de los muchos Herodes que los afligen con persecuciones, con cruces de todo tipo. Ningún Herodes es capaz de apagar la luz de la esperanza, de la fe y de la caridad de quien cree en Cristo.

La Iglesia os quiere hombres de testimonio. Decía san Francisco a sus hermanos: *Predicad siempre el Evangelio y, si fuera necesario, también con las palabras* (cf. *Fuentes franciscanas*, 43). No hay testimonio sin una vida coherente. Hoy no se necesita tanto maestros, sino testigos valientes, convencidos y convincentes, testigos que no se avergüencen del Nombre de Cristo y de su Cruz ni ante leones rugientes ni ante las potencias de este mundo, a ejemplo de Pedro y Pablo y de tantos otros testigos a lo largo de toda la historia de la Iglesia, testigos que, aun perteneciendo a diversas confesiones cristianas, han contribuido a manifestar y a hacer crecer el único Cuerpo de Cristo. Me complace subrayarlo en la presencia

—que siempre acogemos con mucho agrado— de la Delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, enviada por el querido hermano Bartolomé I.

Es muy sencillo: porque el testimonio más eficaz y más auténtico consiste en no contradecir con el comportamiento y con la vida lo que se predica con la palabra y lo que se enseña a los otros.

Enseñad a rezar rezando, anunciad la fe creyendo, dad testimonio con la vida.

IGLESIA DIOCESANA



OBISPO

DECRETOS

DECRETO DE IMPLANTACIÓN EN LA DIÓCESIS DEL CATECISMO “TESTIGOS DEL SEÑOR”

La Conferencia Episcopal Española, después de un cuidadoso proceso de elaboración, ha publicado “*Testigos del Señor*”, segundo catecismo para la iniciación cristiana. Dicho catecismo completa y desarrolla cuanto presenta el catecismo *Jesús es el Señor*, ayuda así al crecimiento y la primera síntesis de fe en Jesucristo y enseña a ser sus testigos.

El catecismo “*Testigos del Señor*” fue aprobado por la Asamblea Plenaria de la CEE de abril de 2013, y recibió la “recognitio” del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización el día 15 de noviembre del mismo año.

Siendo función propia del Obispo diocesano dictar normas sobre la catequesis y procurar que se disponga de instrumentos adecuados para la misma, en conformidad con el can. 775.1 del Código de Derecho Canónico,

DECRETO

que se implante en la Diócesis el Catecismo “*Testigos del Señor*” para la iniciación cristiana de niños/as y adolescentes de 10 a 14 años, como catecismo oficial y único a partir del próximo curso 2015-2016.

Los materiales complementarios y otros subsidios catequéticos para las edades referidas estarán en consonancia con el nuevo catecismo.

Espero que “*Testigos del Señor*” sea un instrumento valioso para crecer en la fe en Jesucristo, que es Luz, Palabra, Verdad, Vida y Camino. Y contribuya a promover auténticos testigos del Señor en el mundo.

Vigo, a 13 de mayo, renovación de la Consagración del Seminario al Sagrado Corazón de Jesús, de 2015.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana
Canciller-Secretario

DECRETO DE IMPLANTACIÓN NA DIÓCESE DO CATECISMO “TESTIGOS DEL SEÑOR” (GALLEGO)

A Conferencia Episcopal Española, despois dun coidadoso proceso de elaboración, publicou ”*Testigos del Señor*”, segundo catecismo para a iniciación cristiá. O devandito catecismo completa e desenvolve canto presenta o catecismo *Jesús es el Señor*, axuda así ao crecemento e á primeira síntese de fe en Xesucristo e ensina a ser as súas testemuñas.

O catecismo “*Testigos del Señor*” foi aprobado pola Asemblea Plenaria da CEE de abril de 2013, e recibiu a “reconitio” do Pontificio Consello para a Promoción da Nova Evanxelización o día 15 de novembro do mesmo ano.

Sendo función propia do Bispo diocesano ditar normas sobre a catequese e procurar que se dispoña de instrumentos adecuados para a mesma, en conformidade co can. 775.1 do Código de Dereito Canónico,

DECRETO

que se implante na Diocese o Catecismo “*Testigos del Señor*” para a iniciación cristiá de nenos/as e adolescentes de 10 a 14 anos, como catecismo oficial e único a partir do próximo curso 2015-2016.

Os materiais complementarios e outros subsidios catequéticos para as idades referidas estarán en consonancia co novo catecismo.

Espero que “*Testigos del Señor*” sexa un instrumento valioso para medrar na fe en Xesucristo, que é Luz, Palabra, Verdade, Vida e Camiño. E contribúa a promover auténticas testemuñas do Señor no mundo.

Vigo, a 13 de maio, renovación da Consagración do Seminario ao Sagrado Corazón de Xesús, de 2015.

+Luis Quintero Fiuza
Bispo de Tui-Vigo

Por mandato,

+Alfonso Fernández Galiana
Chanceler-Secretario

HOMILÍAS

CORPUS CRISTI*

La Eucaristía es el tesoro de la Iglesia

Celebramos, queridos hermanos, la fiesta del Corpus Christi, la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. En el Evangelio era proclamada la herencia que el Señor dejó a su Iglesia en la Última Cena: Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi sangre. Cada vez que comáis y bebáis este Cuerpo y esta sangre, celebraréis el Memorial de mi Muerte y de mi Resurrección hasta que vuelva.

La Eucaristía es el verdadero tesoro de la Iglesia, el Memorial que hace verdaderamente presente al Señor entre nosotros y el sacramento que ilumina todas las presencias del Señor en medio de su Iglesia. Sólo podemos descubrir la presencia del Señor en su Palabra cuando ésta es iluminada por la luz de su presencia eucarística. No podremos descubrir a Dios en el hermano, el verdadero camino transformador y vivificador de nuestra fe, si la presencia del Señor en la Eucaristía no nos lo descubre. La celebración y la adoración de la Eucaristía solo alcanzan su verdadero fin cuando se convierten en el centro de nuestra vida y de nuestra fe.

El corazón de la Iglesia es la Eucaristía. Sólo desde ella podemos vivir la novedad y la profundidad de nuestra fe. En ella se contiene todo el bien que el Señor nos ofrece y sólo desde su profunda vivencia es posible anunciar y transmitir al mundo la salvación que Dios sigue hoy ofreciendo a los hombres.

Por todo ello, en este momento de la Iglesia, al mirar con preocupación a las profundas dificultades de nuestra vida cristiana, no podemos aturdirnos y entrar en un pánico neurótico. Como siempre en toda su secular historia, el verdadero camino de la Iglesia es la Eucaristía, es el Señor verdaderamente presente en la Eucaristía.

**Concatedral de Vigo, 7 de Junio*

Siendo así las cosas, tenemos que preguntarnos en esta fiesta del Corpus Christi cómo estamos viviendo el misterio eucarístico.

Nuestra Diócesis tiene una riquísima tradición eucarística, al igual que toda la Iglesia. Cuando uno recorre nuestras parroquias descubre por todas partes huellas imborrables, tanto en la piedad como en el arte y en el folklore, de una profunda devoción eucarística que nos remite a las raíces históricas de nuestras parroquias.

Estas parroquias dedicaron los mejores esfuerzos de sus pastores, de sus familias y de sus catequistas en la iniciación de nuestros niños y de nuestros jóvenes en la participación y en la fruición del Misterio eucarístico. En la celebración y en la adoración de la Eucaristía se alimentó y consolidó la fe de nuestras comunidades parroquiales y en ella encontraron nuestros enfermos el viático que les acompañó en las horas difíciles. No podemos valorar adecuadamente la inmensa riqueza de la historia eclesial de nuestra Diócesis si no acertamos a poner la Eucaristía en su centro.

En la perspectiva del Concilio Vaticano II, los últimos Papas nos han dejado un magisterio excepcional en torno a la Eucaristía como motor de una necesaria y urgente renovación de nuestra vida eclesial. A la luz de este magisterio, nuestra comunidad diocesana tiene que volver sus ojos y su corazón a la Eucaristía para afrontar los retos pastorales de nuestro presente.

En primer lugar, debemos seguir poniendo todo nuestro empeño en hacer del Día del Señor y de la Eucaristía dominical la celebración en la que se exprese y se nutra la fe de nuestros fieles. En este sentido, tenemos que hacer un esfuerzo especial en la adecuada preparación remota y próxima de nuestros niños y niñas a la Primera Comunión, poniendo en ello todo el esmero y el cariño de los padres, de los sacerdotes y de los catequistas. Es un momento decisivo de la vida de nuestras parroquias en el que han de confluír todas nuestras capacidades pastorales.

La Eucaristía está esencialmente unida a la caridad. Sin la caridad la Eucaristía pierde todo su sentido original. La Eucaristía es un don, el regalo más grande que el Señor nos pudo dejar: el don de su propia persona como alimento para la Vida. Por eso, celebrar la Eucaristía es participar de la mesa común de los hermanos, haciendo de la comida eucarística el motor capital de la solidaridad humana. No se puede celebrar la Eucaristía de espaldas a los hermanos, olvidándonos de que en el mundo siempre habrá pobres que levanten sus ojos a Dios suplicando el pan de cada día.

En este esencial servicio a la caridad de nuestras parroquias contamos con la ayuda indispensable de Caritas Diocesana y de las Caritas Parroquiales. A todos nuestros hermanos y hermanas que entregan lo mejor de sí mismos a la misión de Caritas en nuestra Diócesis queremos hoy ofrecerles el homenaje de nuestra gratitud y pedirles que sigan ayudándonos a hacer de nuestra Iglesia diocesana la casa de la caridad.

Particular gratitud merecen también en nuestra Diócesis tantos hombres y mujeres que desde la Adoración Nocturna sostienen con su oración y con su ejemplo nuestra esperanza y nuestra caridad. A todos ellos y a cuantos con su oración callada y su devoción eucarística sostienen nuestra fe les manifestamos nuestra profunda gratitud.

Que Jesucristo Sacramentado bendiga a todas nuestras familias y hogares, a los que hoy celebramos juntos esta gran Fiesta y a todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente a aquellos que más lo necesiten.

Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Sea por siempre bendito y alabado. Amen

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

DÍA DO CORPUS CRISTI*

Celebramos, queridos irmáns, a festa do Corpus Christi, a Solemnidade do Corpo e do Sangue do noso Señor Xesucristo. No Evanxeo era proclamada a herdanza que o Señor deixou á súa Igrexa na Última Cea: Tomade e comedes, este é o meu Corpo. Tomade e bebedes, esta é o meu sangue. Cada vez que comades e bebedes este Corpo e esta sangue, celebrardes o Memorial da miña Morte e da miña Resurrección ata que volva.

A Eucaristía é o verdadeiro tesouro da Igrexa, o Memorial que fai verdadeiramente presente o Señor entre nós e o sacramento que ilumina todas as presenzas do Señor no medio da súa Igrexa. Só podemos descubrir a presenza do Señor na súa Palabra cando esta é iluminada pola luz da súa presenza eucarística. Non poderemos descubrir a Deus no irmán, o verdadeiro camiño transformador e vivificador da nosa fe, se a presenza do Señor na Eucaristía non nolo descobre. A celebración e a adoración da Eucaristía só alcanzan o seu verdadeiro fin cando se converten no centro da nosa vida e da nosa fe.

O corazón da Igrexa é a Eucaristía. Só dende ela podemos vivir a novidade e a profundidade da nosa fe. Nela contense todo o ben que o Señor nos ofrece e só dende a súa profunda vivencia é posible anunciar e transmitir ao mundo a salvación que Deus segue hoxe ofrecendo aos homes.

Por todo iso, neste momento da Igrexa, ao mirar con preocupación ás profundas dificultades da nosa vida cristiá, non podemos atordarnos e entrar nun pánico neurótico. Como sempre en toda a súa secular historia, o verdadeiro camiño da Igrexa é a Eucaristía, é o Señor verdadeiramente presente na Eucaristía.

Sendo así as cousas, temos que preguntarnos nesta festa do Corpus Christi como estamos a vivir o misterio eucarístico.

A nosa Diocese ten unha riquísima tradición eucarística, ao igual que toda a Igrexa. Cando un percorre as nosas parroquias descobre por todas as partes pegadas imborrables, tanto na piedade coma na arte e no folclore, dunha profunda devoción eucarística que nos remite ás raíces históricas das nosas parroquias.

**Concatedral de Vigo, 7 de Junio*

Estas parroquias dedicaron os mellores esforzos dos seus pastores, das súas familias e dos seus catequistas na iniciación dos nosos nenos e dos nosos mozos na participación e na fruición do Misterio eucarístico. Na celebración e na adoración da Eucaristía alimentouse e consolidou a fe das nosas comunidades parroquiais e nela encontraron os nosos enfermos o viático que os acompañou nas horas difíciles. Non podemos valorar axeitadamente a inmensa riqueza da historia eclesial da nosa Diocese se non acertamos a poñer a Eucaristía no seu centro.

Na perspectiva do Concilio Vaticano II, os últimos Papas deixáronnos un maxisterio excepcional en torno á Eucaristía como motor dunha necesaria e urxente renovación da nosa vida eclesial. Á luz deste magisterio, a nosa comunidade diocesana ten que volver os seus ollos e o seu corazón á Eucaristía para afrontar os retos pastorais do noso presente.

En primeiro lugar, debemos seguir poñendo todo o noso empeño en facer do Día do Señor e da Eucaristía dominical a celebración na que se exprese e se nutra a fe dos nosos fieis. Neste sentido, temos que facer un esforzo especial na axeitada preparación remota e próxima dos nosos nenos e nenas á Primeira Comunión, poñendo niso todo o esmero e o cariño dos pais, dos sacerdotes e dos catequistas. É un momento decisivo da vida das nosas parroquias no que han de confluír todas as nosas capacidades pastorais.

A Eucaristía está esencialmente unida á caridade. Sen a caridade a Eucaristía perde todo o seu sentido orixinal. A Eucaristía é un don, o regalo máis grande que o Señor nos puido deixar: o don da súa propia persoa como alimento para a Vida. Por iso, celebrar a Eucaristía é participar da mesa común dos irmáns, facendo da comida eucarística o motor capital da solidariedade humana. Non se pode celebrar a Eucaristía de costas aos irmáns, esquecéndosenos que no mundo sempre haberá pobres que levanten os seus ollos a Deus suplicando o pan de cada día.

Neste esencial servizo á caridade das nosas parroquias contamos coa axuda indispensable de Caritas Diocesana e das Caritas Parroquiales. A todos os nosos irmáns e irmás que entregan o mellor de si mesmos á misión de Caritas na nosa Diocese queremos hoxe ofrecerlles a homenaxe da nosa gratitude e pedirles que sigan axudándonos a facer da nosa Igrexa diocesana a casa da caridade.

Particular gratitude merecen tamén na nosa Diocese tantos homes e mulleres que dende a Adoración Nocturna sosteñen coa súa oración e co seu exemplo a nosa esperanza e a nosa caridade. A todos eles e a cantos coa súa oración calada e a súa devoción eucarística sosteñen a nosa fe manifestámoslles a nosa profunda gratitude.

Que Xesucristo Sacramentado bendiza a todas as nosas familias e fogares, aos que hoxe celebramos xuntos esta gran Festa e a todos os nosos irmáns e irmáns, especialmente a aqueles que máis o necesiten.

Gabado sexa o Santo Sacramento do altar. Sexa por sempre bendito e gabado. Amen

+Luis Quintero Fiuza
Bispo de Tui-Vigo

EN LAS ÓRDENES SACERDOTALES*

Queridos hermanos, queridos Samuel, Sergio y Alberto:

En estas solemne Vigilia de la Fiesta de San Pedro y San Pablo, columnas de la Iglesia, nos hemos reunido en torno al altar del Señor Resucitado para celebrar la ordenación sagrada de nuestros hermanos. Samuel y Sergio serán consagrados sacerdotes del Pueblo de Dios y Alberto será ordenado diácono.

Nuestro corazón desborda de alegría en esta tarde porque el Señor ha estado grande con todos nosotros. Éste el mayor de los regalos imaginables que nuestra Iglesia diocesana de Tui-Vigo puede recibir. No hay nada más importante que nuestra Diócesis pueda necesitar ni nada más gozoso que pueda colmar nuestra alegría. Vuestra consagración al Señor robustece nuestra fe, fortalece nuestra esperanza y enardece nuestra caridad.

La misma alegría que siente una madre cuando da a luz al fruto de sus entrañas es la que siente nuestra Iglesia y sentimos todos nosotros en esta hora de vuestra consagración al Señor.

Hace unos días me decía una madre joven con su pequeño hijo correteando a su lado. Mire, señor obispo, muchos días no me levantaría si no fuera por la fuerza que me da esta criatura. Vosotros sois para nosotros esos hijos que nos dais fuerzas para vivir nuestra vocación cristiana, para seguir entregándonos cada día en medio de las dificultades y para ser fieles a la llamada de Dios a ser pastores de su Pueblo más allá de nuestras limitaciones y egoísmos.

Pero no olvidamos que esta alegría es fruto de tantos esfuerzos de muchas personas que han contribuido al nacimiento y a la consolidación de vuestra vocación. También sabemos que la alegría que sentimos hoy no sería posible sin vuestra entrega confiada, sincera y generosa. Con todo, lo decisivo de vuestra consagración es que un día el Señor, pasando a vuestro lado, os dijo: Ven y sígueme ;y desde entonces vuestra vida ha cambiado porque Él os guía como discípulos muy amados.

*Catedral de Tui, 28 de Junio vísperas de la Solemnidad de los Apóstoles Pedro y Pablo

Por todo ello, nuestra Eucaristía, que siempre es acción de Gracias al Señor, hoy reviste un marcado carácter de gratitud a Dios y a todos los hermanos que hacen posible el milagro inmenso de vuestra consagración.

Los caminos de cada vocación son inescrutables e irrepetibles, como fueron los caminos de Pedro y Pablo en su seguimiento del Señor Jesús.

Un día Pedro sorprendió a todos con su solemne confesión de fe en Cesarea de Filipo. " Y vosotros, quién decís que soy yo?," les preguntó Jesús a los doce y Pedro, el primero, respondió con la fuerza de la gracia: " Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios".

También Pablo que fue un acérrimo perseguidor de los cristianos, un verdadero azote de los seguidores de Jesús, hasta que un día Jesucristo irrumpió en su vida con tanta fuerza que lo convirtió en el apóstol insobornable de la Iglesia primitiva y misionera.

Pero tanto Pedro como Pablo, como todos los que son llamados por el Señor a un seguimiento más radical, tuvieron sus duras pruebas y sus días negros.

Pedro negó al Señor en la hora más dolorosa, camino de la cruz. Confió demasiado en sí mismo y le prometió lleno de orgullo al Señor que " aunque todos te abandonen, yo no ". Aquella promesa se vino estrepitosamente abajo en medio de la noche oscura de la traición. " Yo no conozco a ese hombre " y después de negarlo tres veces, lloró amargamente.

También San pablo vivió horas muy dolorosas y difíciles en su misión a los gentiles. Nadie le comprendía y casi todos le rechazaban. Sintió la profunda tentación de caminar solo y de abandonar a los demás apóstoles. Pero el Señor le inspiró y le hizo comprender que la misión es imposible sin la comunión eclesial, que la Iglesia no se puede edificar desde la división. Por eso, Pablo, antes de continuar con la gran tarea eclesial que Dios le había confiado, vuelve a Jerusalén para restablecer la unidad rota. Allí, en el Concilio de Jerusalén con todos los apóstoles, reconstruyen la comunión y experimentan la grandeza de la unidad de la fe en la diversidad de la misión.

En los caminos diversos que comporta la misión, hay una unidad esencial que la fundamenta. Esa unidad es la unidad del Evangelio del Señor y, por encima de todo y antes que todo, es la unidad con el Señor mismo a quien confesamos y anunciamos. Una unidad que tiene su base y fundamento en el amor. Es la gran lección de Jesús a Pedro que nos transmite el Evangelio de hoy.

Una vez más, Jesús Resucitado se aparece a sus discípulos a orillas del Lago de Tiberiades. Es un momento decisivo en la relación de Jesús Resucitado con los

doce. Es una escena que hemos recreado en nuestra mente en tantos momentos de intimidad con Jesús. Después de la pesca escasa Jesús come con los suyos en un clima de profunda intimidad y, en medio de la conversación fraternal, el Señor se dirige a Pedro y le pregunta por tres veces:

" Simón, me quieres más que éstos ?"

Es la pregunta final y decisiva: Me amas más que éstos? No hay agravio, sino elección. No hay intercambio de honor protocolario, sino ofrecimiento de servicio. Sólo quien ama plenamente, puede ser plenamente responsable.

" Señor, tu sabes que amo", respondió Pedro por otras tres veces. Sólo entonces Jesús le confiará la gran misión: "Apacienta mis ovejas".

Hoy el Señor, como a Pedro, nos pregunta a todos si le amamos. Pero de un modo muy particular y excepcional, hoy el Señor os pregunta a vosotros, mis queridos hijos que vais a ser ordenados, antes de vuestra entrega decisiva : " Me amas? Me quieres?"

Entonces, si es así, apacienta mis ovejas, te dice el Señor.

En esta tarde, todos nosotros, esta gran asamblea congregada en nuestra Catedral, llena de alegría y de gratitud a Dios por el regalo de vuestra vocación, le pedimos a la Santísima Virgen, bajo la advocación de la Asunción, que llene vuestro corazón del amor al Señor y que sea Ella la estrella que alumbre los senderos de vuestra vida de pastores. Amen

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

NAS ORDENACIÓNS SACERDOTAIS*

Queridos irmáns, queridos Samuel, Sergio e Alberto:

Nesta solemne Vixilia da Festa de San Pedro e San Pablo, columnas da Igrexa, reunímonos en torno ao altar do Señor Resucitado para celebrar a ordenación sagrada dos nosos irmáns. Samuel e Sergio serán consagrados sacerdotes do Pobo de Deus e Alberto será ordenado diácono.

O noso corazón desborda de alegría nesta tarde porque o Señor estivo grande con todos nós. Este o maior dos regalos imaxinables que a nosa Igrexa diocesana de Tui-Vigo pode recibir. Non hai nada máis importante que a nosa Diocese poida necesitar nin nada máis gozoso que poida encher a nosa alegría. A vosa consagración ao Señor robustece a nosa fe, fortalece a nosa esperanza e acende a nosa caridade.

A mesma alegría que sente unha nai cando dá a luz ao froito das súas entrañas é a que sente a nosa Igrexa e sentimos todos nós nesta hora da vosa consagración ao Señor.

Hai uns días dicíame unha nai nova co seu pequeno fillo corricando ao seu lado. Mire, señor bispo, moitos días non me levantaría se non fose pola forza que me dá esta criatura. Vós sodes para nós eses fillos que nos dades forzas para vivir a nosa vocación cristiá, para seguir entregándonos cada día no medio das dificultades e para ser fieis á chamada de Deus a ser pastores do seu Pobo máis alá das nosas limitacións e egoísmos.

Pero non esquecemos que esta alegría é froito de tantos esforzos de moitas persoas que contribuíron ao nacemento e á consolidación da vosa vocación. Tamén sabemos que a alegría que sentimos hoxe non sería posible sen a vosa entrega confiada, sincera e xenerosa. Con todo, o decisivo da vosa consagración é que un día o Señor, pasando ao voso lado, vos dixo: Ven e sígueme ;y dende entón vosa vida cambiou porque Él vos guía como discípulos moi amados.

Por todo iso, a nosa Eucaristía, que sempre é acción de grazas ao Señor, hoxe

**Catedral de Tui, 28 de Xuño vésperas da Solemnidade dos Apóstolos Pedro e Paulo*

reviste un marcado carácter de gratitude a Deus e a todos os irmáns que fan posible o milagre inmenso da vosa consagración.

Os camiños de cada vocación son inescrutables e irrepitibles, como foron os camiños de Pedro e Paulo no seu seguimento do Señor Xesús.

Un día Pedro sorprendeu a todos coa súa solemne confesión de fe en Cesarea de Filipo. "E vós, quen dicides que son eu?, " preguntoulles Xesús aos doce e Pedro, o primeiro, respondeu coa forza da graza: "Ti es o Cristo, o Fillo de Deus,".

Tamén Paulo que foi un acérrimo perseguidor dos cristiáns, un verdadeiro azoute dos seguidores de Xesús, ata que un día Xesucristo irrompeu na súa vida con tanta forza que o converteu no apóstolo insubornable da Igrexa primitiva e misioneira.

Pero tanto Pedro coma Paulo, como todos os que son chamados polo Señor a un seguimento máis radical, tiveron as súas duras probas e os seus días negros.

Pedro negou ao Señor na hora máis dolorosa, camiño da cruz. Confiou demasiado en si mesmo e prometeulle cheo de orgullo ao Señor que " aínda que todos che abandonen, eu non". Aquela promesa caeuse estrepitosamente en medio da noite escura da traizón. "Eu non coñezo ese home" e despois de negalo tres veces, chorou amargamente.

Tamén San Paulo viviu horas moi dolorosas e difíciles na súa misión aos xentiles. Ninguén o comprendía e case todos o rexeitaban. Sentiu a profunda tentación de camiñar só e de abandonar os demais apóstolos. Pero o Señor inspirouno e fíxoo comprender que a misión é imposible sen a comunión eclesial, que a Igrexa non se pode edificar dende a división. Por iso, Paulo, antes de continuar coa gran tarefa eclesial que Deus lle confiara, volve a Xerusalén para restablecer a unidade rota. Alí, no Concilio de Xerusalén con todos os apóstolos, reconstrúen a comunión e experimentan a grandeza da unidade da fe na diversidade da misión.

Nos camiños diversos que comporta a misión, hai unha unidade esencial que a fundamenta. Esa unidade é a unidade do Evanxeo do Señor e, por enriba de todo e antes que todo, é a unidade co Señor mesmo a quen confesamos e anunciamos. Unha unidade que ten a súa base e fundamento no amor. É a gran lección de Xesús a Pedro que nos transmite o Evanxeo de hoxe.

Unha vez máis, Xesús Resucitado aparécese aos seus discípulos á beira do Lago de Tiberiades. É un momento decisivo na relación de Xesús Resucitado cos doce. É unha escena que recreamos na nosa mente en tantos momentos de intimidade con Xesús. Despois da pesca escasa Xesús come cos seus nun clima de

profunda intimidade e, no medio da conversación fraternal, o Señor diríxese a Pedro e pregúntalle por tres veces:

"Simón, quéresme máis que estes ? "

É a pregunta final e decisiva: Quéresme máis que estes? Non hai agravio, senón elección. Non hai intercambio de honra protocolaria, senón ofrecemento de servizo. Só quen ama plenamente, pode ser plenamente responsable.

"Señor, o teu sabes que amo",respondió Pedro por outras tres veces. Só entón Xesús lle confiará a gran misión: "Apacenta as miñas ovellas".

Hoxe o Señor, como a Pedro, pregúntanos a todos se o amamos. Pero dun modo moi particular e excepcional, hoxe o Señor pregúntavos a vós, os meus queridos fillos que ides ser ordenados, antes da vosa entrega decisiva: "Me amas? Quéresme? "

Entón, se é así, apacenta as miñas ovellas, diche o Señor.

Nesta tarde, todos nós, esta grande asemblea congregada na nosa Catedral, chea de alegría e de gratitude a Deus polo regalo da vosa vocación, lle pedimos á Santa Virxe, baixo a advocación da Asunción, que encha o voso corazón do amor ao Señor e que sexa Ela a estrela que ilumine os sendeiros da vosa vida de pastores. Amen

+Luis Quinteiro Fiuzza
Bispo de Tui-Vigo

VICARÍA GENERAL

AUTORIZACIÓN DE AMPLIACIÓN DE CEMENTERIOS PARROQUIALES

Demandar el Informe favorable de la Jefatura territorial de la Consellería de sanidad.

El Decreto de la Consellería de Sanidad sobre materia sanitaria mortuoria, del 20 de noviembre de 2014 (Cf DOG, 11-12-2014), en el art. 28 dispone que “los expedientes de construcción o ampliación de cementerios serán instruidos y resueltos por los ayuntamientos en los que estén situados, a los cuales les corresponde otorgar la licencia correspondiente

En consecuencia, en el caso de cementerios parroquiales será el párroco o persona autorizada quien solicite de la Alcaldía respectiva la pertinente autorización.

1.-Con anterioridad a la instancia al Ayuntamiento, el párroco deberá solicitar del Ordinario del lugar que, en lo que atañe a su competencia, otorgue la requerida autorización. Y, a tal efecto, (de conformidad con el art. 8 del Reglamento de Cementerios Parroquiales de la Diócesis, 2008), aportará:

Memoria sobre las razones que motivan la obra de ampliación.

Acreditación de que el solar destinado es propiedad de la parroquia eclesiástica, bien por pertenecer a su patrimonio tradicional, bien por haber sido adquirido mediante documento público, del que se adjuntará copia.

Proyecto técnico, especificando número y ancho de las calles, localización de parcelas para la construcción de sepulturas, enterramientos, servicios de aseo, etc.

Presupuesto de obras y medios de financiación.

2.-Estos cuatro apartados son los requisitos que se exigen para obtener la autorización del Ordinario, y para poder solicitar la licencia municipal.

3.- Al Ayuntamiento, por su parte, le corresponde:

Elaborar el Informe urbanístico favorable.

Recabar el Informe favorable de la Dirección General de Patrimonio

Cultural de Galicia.

Demandar el Informe favorable de la Jefatura General territorial de la Consellería de Sanidad.

Vigo, 7 de mayo de 2015

CANCELLERÍA - SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

3 de junio de 2015

Rvdo. Sr. D. Javier Alonso Docampo, *Delegado Episcopal para el Año Jubilar de la Misericordia.*

17 de junio de 2015

Rvdo. Sr. D. Emilio Velasco Vaz, *Capellán de la “Residencia San Telmo” de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Tui.*

19 de junio de 2015

Rvdo. Sr. Lic. D. David Romero Boullosa, *Párroco San Román de Saxamonde*, por seis años, continuando con las que ya viene rigiendo.

25 de junio de 2015

D. Ángel Dorrego Leal, *Director de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.*

D. José Antonio García Coba, *Secretario General de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.*

D. Manuel Abalde Costas, *Administrador de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.*

26 de junio de 2015

Rvdo. Sr. Dr. D. Antonio Mendiña Santomé, *Director del Instituto Teológico “San José” de Vigo.*

Rvdo. Sr. Lic. D. Juan José González Estévez, *Secretario del Instituto Teológico “San José” de Vigo.*

Rvdo. Sr. Lic. D. Avelino Bouzón Gallego, *Bibliotecario del Instituto Teológico “San José” de Vigo.*

y Miembros de la Comisión de Biblioteca a los Profesores, **Rvdo. Sr. Lic. D. Xosé Uxío Nerga Mendiña** y **Sr. Lic. D. Leonardo Fuentes Blanco.**

Rvdo. Sr. Dr. D. Guillermo C. Juan Morado, *Director de la Revista Telmus y Coordinador de la Comisión de Publicaciones del Instituto Teológico “San José” de Vigo*

y Miembros de la Comisión de Publicaciones a los Profesores, **Rvdo. Sr. Dr. D. Ángel Marzoa Rodríguez** y **Sr. Lic. D. Avelino Muleiro García**.

Y al alumno, **D. Juan Carlos Alén Castro**, *Miembro de la Junta de Gobierno*.

SAGRADAS ÓRDENES Y MINISTERIOS ECLESIAÍSTICOS

El día 5 de junio, en la iglesia del Seminario Mayor de San José de vigo, el Sr. Obispo *admitió entre los Candidatos al Presbiterado* al Acólito de esta Diócesis.

Don Alberto Santos González

de Santiago de Redondela.

El día 28 de junio, Domingo XIII del Tiempo Ordianrio, el Sr. Obispo confirió el Sagrado Orden del Diaconado, al Candidato al Presbiterado,

D. Alberto Santos González

Y el Sagrado Orden del Presbiterado a los Diáconos,

D. Sergio Gómez Núñez

D. Samuel Montes Costas

La ceremonia se celebró en la S.I. Catedral de Tui.

Con fecha 30 de junio el Sr. Obispo ha firmado el nombramiento del **Padre Pedro Saiz García, OCM**, *Vicario Parroquial de Nosa Señora do Carmen* de Vigo.

CRÓNICA DIOCESANA

AGENDA

Mayo

Día 3	Domingo de la Caridad
Día 7	Eucaristía Universitaria en Santiago de Vigo a las 20:30 horas
Día 9	Festival juvenil regional de la canción misionera. Encuentro de Pastoral Juvenil en el Arciprestazgo de Redondela-Oitavén. Curso de Pastoral Familiar en Silleda
Día 10	Pascua del enfermo.
Día 11	Ágora.
Día 13	Vjuvilepo sacerdotal en Tui
Día 16-18	Retiro de Pastoral Juvenil: Nada te Turbe.
Día 17	Jornada de los Medios de Comunicación Social.
Día 18-22	Semana de Apostolado Seglar.
Día 23	Encuentro diocesano de catequistas. Vigilia Diocesana de Pentecostés.
Día 24	Jornada de Apsotolado Seglar y Acción Católica Fiesta de María Auxiliadora.
Día 25	Asamblea General del Apostolado Bíblico.
Día 28	Convivencia Sacerdotal en Fofe..
Día 30	Encuentro de voluntarios de Cáritas de Galicia en Santiago de Compostela.
Día 31	Día Pro Orantibus Convienia Pascual de la CONFER

Junio

- | | |
|-------------------|---|
| Día 3 | Final de curso de Pastoral de la Salud. |
| Día 4 | Eucaristía de Clausura del curso de Pastoral Universitaria y Confirmaciones. |
| Día 7 | Día del Corpus Cristi.
Día de la Caridad |
| Día 11 | Jornada de convivencia del Clero en Salcidos. |
| Día 12 | Jornada de Oración por los sacerdotes.
Oración de Taizé en el colegio de Cluny en Vigo.
Celebración de fin de curso de la Delegación de Misiones. |
| Día 13 | Pastoral Juvenil: Luz en la Noche en Ferrol |
| Día 14 | ENS: Clausura del Curso en S. Campio. |
| Día 26 | Oración de Taizé en el colegio de Cluny en Vigo. |
| Día 26-28 | Asamblea General de Cáritas Española en el Escorial (Madrid) |
| Día 27 | Vigilia de oración por las vocaciones sacerdotales.
Convivencia de los profesores de Religión. |
| Día 28-3 de Julio | Ejercicios espirituales para el Clero en Canedo. |
| Día 29-3 de Julio | Escuela de Caridad en el Escorial (Madrid) |

DEFUNCIONES

• Don Jesús María Aramburu Irazu (1932-2015)

El día 25 de junio de 2015 descanso en el Señor en la Residencia Sacerdotal “Nosa Señora da Guía” **el Rvdo. Sr. Don Jesús María Aramburu Irazu**, capellán que fue del Apostolado del Mar.

Había nacido don Jesús María –hijo de don Alberto y doña Josefa Antonia– en la Villa de Andoain (Gipuzkoa, Diócesis entonces de Vitoria), el 21 de marzo de 1932.

Cursados los estudios y concluida la formación eclesiástica en el Seminario y Pontificia Universidad de Comillas (Cantabria), en 1956 se incorporó al Clero de la Diócesis tudense, por la primera Tonsura clerical, recibida en 15 de diciembre, seguida de las cuatro Ordenes menores, que le fueron conferidas el día 16, en la Iglesia de la Universidad. El 24 de marzo del año siguiente, también en la Universidad, el Subdiaconado. El Diaconado le fue conferido en Tui el 21 de septiembre de 1957. Y de nuevo en Comillas, el Presbiterado, el 11 de febrero de 1958.

Su clara vocación de dedicar su vida al apostolado con las gentes de mar, le llevó a incorporarse en un privilegiado equipo sacerdotal, inspirado y promovido por don Jesús Espinosa Rodríguez, secundado por don Javier Esquíbel Jayo. Aquel mismo año 1958 fue designado –con el beneplácito del Obispo Diocesano– Capellán del Puerto de Vigo.

Lo que sigue, hasta 1977, es transcripción de una nota redactada en marzo de 1992 por el propio don Jesús María:

1958. Ordenación sacerdotal en Comillas (Santander). Capellán del Puerto de Vigo. 1959. Capellán del Asilo de Ancianos Desamparados de Vigo. Profesor de Religión del Colegio de la Compañía de María (Enseñanza). 1960. Capellán del Puerto de Hamburgo. 1961. Capellán del Asilo Niño Jesús de Praga. Profesor de Religión del Colegio Santísimo Cristo de la Victoria (Institución Teresiana). 1962. Capellán de Barco, en la Transatlántica. Profesor de Religión del Colegio de las Carmelitas de la Caridad. Encargado de la Residencia de los niños huérfanos del

Panjón, en Canadelo Alto, Vigo. 1963. Encargado de la Residencia de los niños huérfanos de Panjón, en la “Atalaya”, la Guía, Vigo. Capellán de los Scouts. Profesor del Colegio de las Carmelitas. 1969. Capellán del Puerto de Londres. 1970. Profesor de Religión en el Colegio Marcote. Capellán y Profesor en el Instituto Español de Emigración, Casa de América. 1972. Delegado Diocesano de Pastoral del Turismo. Director Técnico de la Obra del mar, de Panjón. Encargado de la Residencia de los huérfanos de Panjón “Stella Maris”. 1977. Profesor del Colegio “Panxón”, del Instituto Social de la Marina.

A partir del 16 de septiembre de 1997, Administrador Parroquial de Santiago de Parada de Miñor. Administrador Parroquial de San Fins de Nigrán (8. Feb. 1999). Delegado Diocesano del Apostolado del Mar y Capellán de la Obra del Mar, de Panxón.

Descanse en Paz.